

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

PROGRAMA DE FILOSOFIA

EVALUACIÓN DE TRABAJO DE GRADO

ESTUDIANTE: FAUSTO BAQUERO MARIMON

TITULO: LA NOCHE DE LA VIDA
"CONSIDERACIONES ACERCA DE LA SIGNIFICACIÓN
HUMANA DE LA MUERTE"

CALIFICACIÓN:

APROBADO

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA	
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO	LABORATORIO DE INVESTIGACION
Compra <input checked="" type="checkbox"/> Gasto <input type="checkbox"/>	
Precio S. 10,000	Proveedor
No. de Acceso 108438	No. de...
Fecha de ingreso: 08/19	MM 11 AA 07

HERNÁN MARTINEZ FERRO

Asesor


EDGAR GUTIERREZ SIERRA

Jurado

2

**LA NOCHE DE LA VIDA
"CONSIDERACIONES ACERCA DE LA SIGNIFICACIÓN
HUMANA DE LA MUERTE"**

FAUSTO BAQUERO MARIMON

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFIA
CARTAGENA DE INDIAS
2006**

T
113.8
B222

3

**LA NOCHE DE LA VIDA
"CONSIDERACIONES ACERCA DE LA SIGNIFICACIÓN
HUMANA DE LA MUERTE"**

FAUSTO BAQUERO MARIMON
//

Trabajo para optar el título de Filósofo

HERNAN MARTINEZ FERRO
Asesor

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFIA
CARTAGENA DE INDIAS
2006**

Muerte en la filosofía
filosofía de la Muerte
Ciencia Cognoscitiva

4

DEDICATORIA

A mis padres:

Zoila Marimón Burgos - Julián Baquero Fortich

*Por estar siempre allí cuando el momento lo requiere
Por estar siempre de mi lado aún cuando el mundo esté en
contra mía.*

*A mis hermanos, primos y amigos, quienes con su derrotero me
ayudaron a llegar a ser un buen alumno de esta escuela que
es: la vida.*

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresarle mi gratitud a la Muerte por no llegar antes de haber terminado este trabajo.

A la vida, la cual a través de personas como Gabriel Arrieta, me enseñó a ser un espíritu libre más allá del bien y del mal.

A mi asesor Hernán Martínez, quien dedicó de su tiempo a corregir mis errores y a hacer de este un buen trabajo.

A mis familiares, quienes me permitieron contar con ellos y supieron valorar siempre mis capacidades.

A mis amigos, quienes con su jovialidad siempre fueron una gran compañía.

A todos aquellos que se sientan con algún derecho de recibir mis agradecimientos: Gracias.

NOTAS DE ACEPTACIÓN

Presidente jurado

Jurado

Jurado

Cartagena de Indias D. T y C. Julio de 2006

TABLA DE CONTENIDO

	PÁG
1. INTRODUCCION GENERAL	9
2. LA MUERTE EN EL REINO DE LOS ESPANTOS	18
2.1. Dualismo tradicional. Las imágenes primitivas de la Muerte	20
2.1.2. Muerte, Alma e Inmortalidad	22
2.2. Tesis monistas. Muerte biológica	24
2.2.1. Monismo espiritual	25
2.2.2. Monismo material	27
3. MUERTE TRASCENDIDA. LA CONQUISTA DEL REINO	30
4. LA ANIQUILACION DE LA VIDA. EL PRECIO DE LA CONQUISTA	34
4.1. El precio de la conquista	35
4.2. La augusta dignidad del Alma	36
4.3. La Inmortalidad como Postulado de la Razón	40
4.4. La Ilusión en crisis	42
5. BIOLOGIA DE LA MUERTE. LA REINA COPERNIZADA	45
5.1. La Ciencia y la Muerte	48

5.2.	¿Envejecer, es morir?	51
5.3.	Erase una vez la Muerte	54
6.	CONCLUSION: UN POCO MAS DE TIEMPO	58
6.1.	Las redes del tiempo	62
6.2.	<i>Siempre despidiéndonos</i>	65
	BIBLIOGRAFIA	68

LA NOCHE DE LA VIDA. SIGNIFICACIÓN HUMANA DE LA MUERTE

1. INTRODUCCIÓN GENERAL

La vida, cual sea su origen, arrancó abriéndose paso y perdiéndose en la oscura noche de los tiempos. La aparición de la materia viviente hace miles de siglos y su proceso de concreción adquiriendo riqueza y variedad, hasta alcanzar el estado actual con toda la maravillosa gama de los seres vivientes que nos rodean, es uno de los dos más grandes enigmas que se han apoderado del intelecto humano.

El hombre ha querido condensar en unas cuantas palabras este espectáculo maravilloso que es la vida. Sin embargo, de la célula primitiva a él hay un camino muy dilatado, todo intento de explicarlo es como querer encerrar el océano en un lago.

El fascinante fenómeno de la vida ofrece muchos atractivos. Recursos significativos que satisfacen los instintos y las emociones de los seres vivos, moviéndolos a sentir un inexorable deseo de conservación. No obstante, este marcado apego a la vida afronta un grave problema trascendental. Debe asistir a un acontecimiento de carácter universal, además de inquietante, aterrador y supuestamente natural, que representa su aniquilación.

¿Desde cuándo y por qué debe la vida cumplir esta cita ineluctable? ¿Cómo se incorporó tal acontecimiento en tan sublime espectáculo? Tales interrogantes conforman el otro gran enigma que ha ocupado la mente del hombre desde que se supo otro distinto a los demás vivientes. Incuestionablemente ningún verbo ha sido más incierto que el morir. ¡*La gran desconocida!*, la noche de la vida, como metafóricamente se ha nombrado a la muerte, al igual que la luna, jamás ha dejado ver su cara oculta¹.

La muerte ha reclamado un lugar. Ha estado presente en el transcurso de la vida. Su realidad perturbadora no ha dejado opciones. Hacia ella tiende, asegura la ciencia, toda realidad; las realidades orgánicas y las inorgánicas; el mundo natural y el mundo humano. Su poder reductor y homogeneizador de la energía concierne al universo entero, en el cual la heterogeneidad resulta indispensable².

Como neutralización de toda realidad biológica y física, la muerte se presenta como un concepto plural y no unívoco que sólo considera al ser vivo animal o vegetal. Al hablar de muerte se lo hace en varios contextos, aspirando a decir en todos lo mismo: *dejar de existir*. Sin embargo, aunque toda muerte es un dejar de existir, no todo dejar de existir merece ser llamado muerte; así las realidades inorgánicas cesan, dejan de ser; los organismos vivos a su vez dejan de vivir y dentro de estos los seres humanos además mueren³.

Sonará pretencioso, pero el concepto morir es característico del hombre. "*La especie humana es la única para la que la muerte está presente toda su vida, la única que acompaña a la muerte de un ritual funerario, la única que cree*

¹ THOMAS, Louis V. *Antropología de la Muerte*. Fondo de cultura económica, México, D. F. 1993. p. 294
² *Ibíd.* P. 21
³ FERRATER Mora, José. *El Ser y la Muerte: Bosquejo de filosofía integracionista*. Editorial Planeta. Barcelona. 1979. Introducción

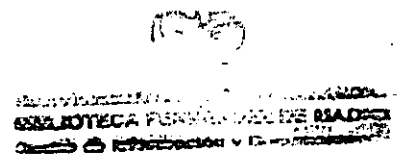
en la supervivencia o en la resurrección de los muertos"⁴. Es la única conciente de que se va a morir y se angustia ante esta perspectiva final. "Ese pensamiento de que tengo que morir y el enigma de lo que habrá después, es el latir mismo de mi conciencia". Afirmaba acertadamente Espinoza⁵.

El lector puede objetar que no sólo el hombre sabe que va a morir, que el animal también siente venir la muerte. A lo que se respondería: que si bien él presiente la muerte, no es capaz de reconocer el carácter transformador del acontecimiento e ignora todo ritual de sepultura propiamente dicho⁶. La muerte introduce entre el hombre y el animal una ruptura más sorprendente aún que el utensilio, el cerebro o el lenguaje. Su rechazo y los mitos que giran entorno a ella pretendiendo trascenderla, la dejan ver como una cualidad específicamente humana que obliga a reflexión.

Pero, las ciencias del hombre apenas se han ocupado de la muerte. Al igual que al sol, el hombre no se atreve a mirarla cara a cara. La pone entre paréntesis, la olvida, como se termina por olvidar al sol. No obstante cuando se ha arriesgado a mirar, lo ha hecho hipnóticamente, perdiéndose en la incomprensión de su naturaleza intentando explicarla neciamente a través de fantasías o mitos de los cuales ha sido inocente guardián. Inocencia que sin lugar a dudas le ha impedido reconocer que el problema no es la muerte sino su significación.

Las actitudes que el hombre ha adoptado frente a la muerte evidencian el profundo temor que le despierta la idea de dejar de existir. La muerte como el fin de su vida es un suceso demasiado fuerte al que si bien se adapta nunca logra hacerlo completamente. Esta inadaptación posee un sentido

⁴ MORIN, Edgar. *El Hombre y la Muerte*. Editorial Kairós, S.A. Segunda edición. Mayo 1994. P. 9
⁵ UNAMUNO, Miguel. *Del sentimiento trágico de la vida*. Editorial Plenitud. Madrid. 1966. P. 41
⁶ THOMAS. Op. Cit. P. 115



categorico, que es confirmado por la presencia continua y violenta en el transcurso de la prehistoria y la historia humana, del traumatismo de la muerte y la creencia en la inmortalidad. El ser humano esconde en lo más profundo de sí el deseo de no morir: *"Nadie cree en su propia muerte o lo que es lo mismo, en lo inconsciente todos nosotros estamos convencidos de nuestra inmortalidad"*⁷.

El hombre al tiempo que reconoce a la eterna destructora como acontecimiento, la niega como paso a la nada. En el centro de esta contradicción, la angustia de muerte, asegura un sinnúmero de creencias metafísicas que se encargan de otorgar un consuelo a la brevedad de su vida, de facilitar la experiencia volviéndola suave y manejable⁸.

Serán estas creencias devoradoras las que den significación a la muerte humana, domesticándola, trascendiendo su carácter aniquilador, dejándola ver como una simple mutación o el paso a otra existencia. Serán las que cristalicen el apocamiento de esta vida por un fantasmagórico más allá, una especie de *Disney land celestial*.

La concepción de que la muerte es a la vida lo que la noche al día, representa una fuerza capaz de dominar la angustia. Sin embargo, no hay certeza alguna para la ingenua esperanza de que a la oscura noche de la vida suceda un nuevo amanecer.

La conciencia no acepta esta verdad, se aferra a creer que la muerte es sólo una ruptura en la continuidad del ser. Intenta diluirla negándole su condición negadora. No se resigna a la pérdida de la individualidad, cuya afirmación es el carácter propio de lo humano, y *"se encarga de que nunca se experimente*

⁷ FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura y otros ensayos*. Alianza editorial, Madrid. 1988. p. 111
⁸ ROWE, Dorothy. *La construcción de la vida y de la muerte*. Fondo de cultura económica, 1989. p. 88

su completa aniquilación⁹. El dolor provocado por una muerte no existe más que cuando la individualidad del muerto era próxima, familiar, íntima y amada.

La evidente obsesión por la supervivencia, afirma Morín¹⁰, a menudo incluso en detrimento de su vida, revela en el hombre el lastimero afán de salvar su individualidad más allá de la muerte. El mito de la supervivencia en sus tantas variaciones ha representado sin lugar a dudas una victoria sobre la trivializada muerte, pero tal triunfo psicológico sólo tiene validez en los campos de la fantasía y lo imaginario. La muerte, como decía el excelso poeta inglés Jhon Milton¹¹, *espectáculo de terror, disforme, de horrenda visión, horrible de pensar, horrible de sufrir*, silenciosa va corroyendo, invisible, secreta, como avergonzada, la conciencia en el corazón mismo de la vida cotidiana.

En los campos del mundo natural ella sigue siendo el más poderoso *enemigo hereditario*, un obstáculo para alcanzar la plena realización humana. La indigencia del hombre y su contradictoria actitud ante la muerte le han llevado a naturalizarla; los mitos e ideas que entorno a ella ha puesto a girar así lo confirman. Creer que la muerte es sólo un sueño del que podrá despertar es querer ser inmortal y la creencia en la inmortalidad no se funda en el desconocimiento de la realidad biológica, sino en su reconocimiento. La muerte, ha querido creer el hombre, le libera de la determinación y la finitud de este mundo, permitiéndole la afirmación de su individualidad por toda la eternidad¹².

⁹ Ibid. P. 233

¹⁰ MORIN. Op. Cit. P.31

¹¹ MILTON, Jhon. *El paraíso perdido*. Editorial Panamericana. Bogotá. 1995. Canto IX. P. 344

¹² KANT, Immanuel. *Crítica de la Razón Práctica*. Colección Austral No 15 89. P. 172

La naturalidad de la muerte así entendida hace de la vida humana un sinsentido. Para que nacer si se tiene que morir. La frase de Heidegger de "no bien el ser humano nace, ya ha vivido lo suficiente como para convertirse en un muerto", conserva su verdad. El hombre es un muerto en potencia. No obstante, la universalidad de la muerte humana no hace fehaciente la tesis que la considera como una propiedad inherente a su naturaleza.

La consideración de la muerte como un fenómeno natural e inevitable no es exclusiva de la exigencia de superación sobrenatural del acontecimiento. También es compartida por una parte del pensamiento científico que la ve como algo insoluble, un pseudo-problema. Este carácter normal que parte de la ciencia atribuye a la muerte, condiciona evidentemente sus perspectivas de lucha contra ella. Sin embargo, no toda participación científica la ha creído inaccesible a la práctica. La biología Molecular ha estudiado más de cerca la cuestión, a la vanguardia inventora y realizadora de la técnica ha expuesto la muerte desnuda como un accidente, una patología que al igual que las demás enfermedades está dispuesta a combatir hasta disolver.

La muerte como trastorno patológico evidenciado por la vejez y la muerte violenta causada por el medio externo, se imponen como la única muerte natural; mientras que la muerte como ley general inscrita en el *phylum* de la especie como su mismo desarrollo se esfuma en la posibilidad humana de trascenderla, no en los planos de lo imaginario y lo mitológico, sino en el de su energía práctica, en el de sus participaciones biológicas.

La idea que la muerte sea algo evitable es cada vez más plausible. El afán de una salvación efectiva en esta tierra ha conducido a la praxis científica a una lucha encarnizada contra ella. Ciertamente el progreso en este campo es alentador; aunque las vanguardias de la práctica avancen a tientas, las esperanzas de detener la vejez y retrasar la muerte concurren positivamente.

Una prórroga de tiempo, sean diez, cincuenta, cien, doscientos, mil años, ¿no modificaría el problema de la muerte? Una prórroga constantemente ampliada, una prórroga asintótica, afirma cautelosamente Morín, si bien no nos hace inmortales, si cuasi-amortales. Allí donde la muerte puede ser retrazada una vez, lo puede ser para toda la eternidad. Solo es cosa de cambiar de actitud y repensar el asunto.

Sin embargo, esta copernización de la muerte no puede dejar caer la inquietud ante la tragedia de la muerte en las succionadoras garras de las fuerzas mitológicas. Pues no sea que bajo la apariencia de la ciencia, decía Morín, se esté escribiendo el último capítulo de los mitos de la muerte. Y será en gran parte, basados en el trabajo de antropología filosófica de este antropólogo francés, que desarrollaremos lo que sigue de estas reflexiones.

Así, las percepciones contenidas en la significación que a la muerte ha dado el hombre desde la prehistoria de la humanidad, esbozadas en este primer capítulo, son la base de los capítulos que siguen, cuyo propósito es contribuir a la comprensión de la dialéctica de lo inadaptado y de lo adaptado del ser humano ante la muerte, en su afán de eternidad. Y es que esta actitud ambivalente se centra en el Tiempo; si bien él acepta la muerte no se adapta totalmente a ella, pues el tiempo se va y lo que se vive nunca parece ser suficiente. El hombre quiere ser ahí para siempre, ser eterno; pero la Eternidad, al igual que la Vida y la Muerte, es una forma de su experiencia que le resulta difícil de comprender, tal como le ocurre con la infinita extensión del espacio. ¿Eternidad para qué? Para seguir siendo y lograr darle algún o más sentido a su vida.

Éste y sólo éste, es el anhelo del hombre de carne y hueso que se niega a morir. No es la muerte, sino la falta de sentido en que se muere, lo que le perturba y le hace pedir un poco más de tiempo; tiempo que ha querido.

ganar construyendo creencias, que vacían de contenido a la muerte permitiéndole trascenderla. Pero lo cierto, es que no ha hecho más que opacar su vida, puesto que al no ser ya la muerte lo que es, el aniquilamiento de la vida, el tiempo deja de ser importante y se corre el riesgo de mal gastarlo en actos nocivos contra la vida misma.

Las reflexiones que se exponen a continuación permitirán ampliar nuestra visión de la muerte, invitándonos a darle su justo lugar y a no esperar más allá de ella un tiempo para ser felices. Para tales efecto, en el segundo capítulo: La Muerte en el reino de los espantos, trataremos de mostrar como a partir de las imágenes de la muerte presenciadas en la naturaleza, el ser humano intenta explicarse la muerte y construirse un concepto acerca de ella.

Para tal fin, haremos un recorrido no exhaustivo, por las diversas concepciones que de la muerte se han tenido desde la época primitiva, resaltando sus variadas transformaciones hasta nuestros días. El desarrollo de estas concepciones nos permitirá ubicar, el lugar que la muerte ocupa dentro de ese reino de lo incierto, que se ha apoderado del intelecto humano desde tiempos inmemoriales; el lugar que ocupa la creencia de la Inmortalidad del Alma, como consuelo o solución al problema; y el lugar que ocupa "lo natural" en el concepto científico de muerte.

Para luego, en el capítulo tercero: Muerte trascendida. La conquista del reino, analizar como la muerte, a través de las distintas concepciones que de ella se tienen, ha sido despojada de su verdadero significado, quedando trascendida y derrotada.

En el capítulo cuarto se expondrá como la conquista de ese reino, del cual la muerte es reina y señora, no ha representado un triunfo para la vida, ni

mucho menos un enriquecimiento del ser humano, ya que en el Afán de superación de su realidad aniquiladora del individuo, la muerte ha sido relativizada y concebida, a partir de explicaciones mítico-religiosas o científicas, como un tránsito a otra vida, vida esta de ultratumba que para ser alcanzada exige el sacrificio de esta vida; o como un pseudo problema que a la nada conduce pues no tiene solución.

En el quinto capítulo: Biología de la Muerte. La reina copernizada, nos sumergiremos en la lucha que las ciencias naturales han emprendido contra la muerte, con el fin de dar al hombre una humana esperanza. Aquí se desarrollarán los argumentos, que sólo a través de su energía práctica, es decir, de sus participaciones científicas, el hombre podrá trascender la muerte biológicamente; que esa muerte natural, creída inscrita en la naturaleza de su ser, se tambaleará ante un estudio biológico profundo y alejado de toda tentativa moralizadora. Estas dos afirmaciones quedaran al descubierto en el seguimiento que desde el siglo XVIII le ha hecho la Biología molecular a la muerte, con el fin de revelar sus misterios, mostrándola a la realidad biológica y desnuda.

Por último, plantearemos a partir de las consideraciones anteriores, como a pesar de reconocer el hombre la existencia de un tiempo para vivir y uno para morir; de saberse prometido, contra su voluntad, a la novia muerte, no se resigna a morir, se aferra a esta vida aun por encima de todas sus miserias y lucha por destruir a su hereditaria enemiga, bien sea biológica o psicológicamente. Mostraremos además, a manera de conclusión, como ese fatigoso trabajo del pensamiento por destruir la muerte, ha sido en vano; pues ella, eterna destructora, cual diosa cruel, siempre ocupara su trono.

~~UNIVERSIDAD DE LOS ANDES~~
~~LIBRERIA~~
~~DE LA FACULTAD DE CIENCIAS Y DEPARTAMENTO~~

2. LA MUERTE EN EL REINO DE LOS ESPANTOS

Nuestros más grandes temores habitan todos en el reino de los espantos, y la muerte es uno de ellos; por esto, nos dispondremos a mostrar desde las diversas imágenes que de la muerte conocemos y de los diversos significados que a ellas les hemos dado desde nuestra antigüedad, cual es el lugar que ocupa en este reino y como esa posición que le reconozcamos influenciará nuestras vidas.

La vida del hombre, su espacio, su tiempo, considerados de un modo cualitativo y concreto (no en la forma cuantitativa y abstracta que dan la ciencia y ciertos sistemas filosóficos a ambos), son la base de la mayoría de las concepciones cosmológicas del hombre antiguo. En consecuencia, se alcanza a afirmar, que este hombre tuvo una concepción dramática de la naturaleza, en la que el orden y el caos, lo divino y lo demoníaco se hallan en constante pugna y con una existencia ligada a la vida del hombre mismo¹.

Cada elemento de la naturaleza que nosotros estamos ya acostumbrados a considerar en abstracto como algo impersonal, indiferente y articulado, para el hombre primitivo es algo directo, emocional e inarticulado. Es un ser al que él se dirige como una segunda persona: no es "él" (el cielo, la tierra), es "tú", un "tú" muy familiar². ¿Qué impresión producen y han producido en el ánimo de los hombres, cosas tales como la vida, el cielo, el día, el sol, la tierra, la

¹ FRANKFORT Henry. *Mito y Realidad*. 1951. P. 11- 36

² *Ibid.* P. 13

luna, la noche, la muerte? ¿Qué asociaciones han realizado ellos partiendo de estas impresiones?

Por encima de los credos y sistemas de creencias, concretos, vinculados a tales o cuales sociedades, la contemplación de estos fenómenos desde un punto de vista vital, es mucho más profunda que cualquier teoría científica por perfecta que sea. Esta profundidad es aludida a una base mitológica. Pero no el mito comprendido en forma esquemática sino el mito como algo vital.

No he de extenderme en detalles sobre una concepción general acerca de éste, sólo se quiere subrayar su importancia y llegar a aquel hecho mortal que tanta angustia ha causado a la realidad vital de los hombres.

El mito en su sentido más amplio, viene a significar toda historia anónima en que se refieren orígenes y destinos: la explicación que una sociedad brinda a sus jóvenes de por qué el mundo existe y de por qué obramos como obramos, las imágenes pedagógicas de la naturaleza y el destino del hombre. En efecto, mitológicamente el hombre ha intentado explicar aquellos acontecimientos que se escapan a su comprensión. Problemas vitales, nos dice Unamuno³, de carácter antirracional que son la base del sentimiento trágico de la vida.

El natural afán del hombre por conocer, su hambre de saber y de explicar los secretos del universo, está al servicio de la necesidad de vivir, y primordialmente al servicio del instinto de conservación personal. Ese hombre concreto, circunscrito, de carne y hueso, que sufre de mal de muelas, se atormenta y no encuentra soportable la vida si la muerte es la aniquilación de la conciencia personal. Su querer conocer y sobre todo su querer conocer

³ UNAMUNO. Op. Cit. P. 33

aquello que a vivir siempre le conduzca, evidencia su ansia de no morir, de persistir indefinidamente en su ser propio⁴.

Así pues, la muerte, la gran desconocida, el más horrendo espectro en el reino de lo macabro, resulta ser un hecho del mayor interés para el hombre. Develar todos sus secretos ha sido su embajada desde los mismos inicios de la humanidad. Conquistarla, el propósito de sus disertaciones. Por ello, en su inmortal anhelo de no morir ha fraguado fantasmagóricas leyendas y fantásticos mitos, que le han hecho más llevadera la angustia y el anonadamiento que le causa enfrentarse a la bien llamada *reina de los espantos*.

2.1. Dualismo tradicional. Las imágenes primitivas de la Muerte

El hombre, en la medida que posee el sentimiento o la conciencia de su individualidad, se preocupa, se angustia y odia la muerte. Sin embargo, el interés por la muerte no surge como un enigma intelectual, sino que es, afirma Freud⁵, ante el cadáver de la persona amada que surgen sobre ella sus más grandes mitos. No es ese hombre, al que se dice ser un animal racional, el que tomó conciencia del morir. Fue aquel otro, el afectivo o sentimental, el que con el corazón se planteó el único problema vital, que más a las entrañas le llega, y con el corazón mismo quiso solucionar.

Las primeras concepciones de la muerte así lo confirman. Las conciencias arcaicas explicaron la muerte más con el sentimiento que con la razón. Las imágenes primitivas de la muerte aluden a ese carácter objetivo que del mundo tenía el hombre, cuyas experiencias se identificaban con las

⁴ *Ibid.* P. 37

⁵ FREUD. *Op. Cit.* P. 116-118

metamorfosis, desapariciones, reapariciones, transmutaciones contenidas en la naturaleza. La muerte es para él una muerte-renacimiento, un sueño. El muerto es como un hombre dormido que espera a renacer. La tumba es un sustituto del vientre materno. La identificación que el hombre hace del mundo en forma antropocosmomórfica, le ayuda a aprehender su ciclo de vida y de muerte a través de la vida y la muerte del animal y la planta; *“y así como los ñames renacen sin cesar de sus semillas y los papagayos de la selva profunda, él se verá renacer como ellos... y se asegurará la inmortalidad de su individualidad”*⁶.

Esta concepción arcaica de la muerte encuentra así su propia ley a imagen de la ley de la metamorfosis, a la que reconoce en la naturaleza donde toda muerte es seguida de una nueva vida. El hombre se apropia de esta mítica ley del cósmo, volviéndola inmortalidad y nada más.

Intercalada a esta creencia se encuentra otra no menos importante en la humanidad arcaica pasada, la de muerte súper-vivencia del doble. Aunque a principios en esta creencia el muerto posee un cuerpo, una imagen exacta a la de los vivos, es un doble que vive en este mundo, un doble que *“no es tanto la reproducción, la copia conforme y post-mortem del individuo fallecido, sino que acompaña al vivo durante toda su existencia, lo dobla, y este último lo siente, lo conoce, lo oye, lo ve según una constante experiencia diurna y nocturna, en sus sueños en su sombra, en su imagen reflejada, en su eco, en su aliento, en su pene e incluso en sus gases intestinales”*⁷, llega a convertirse en una realidad inmaterial habitante de un mundo de más allá, identificada como *el alma*.

⁶ MORIN. Op. Cit. P. 102

⁷ Ibid. P. 142

El doble es otro yo, un alter-ego que el hombre sabe exterior e íntimo durante el transcurrir de su vida. Otro yo que no muere la muerte del cuerpo y accede después de ésta a la inmortalidad, proyectada en la realidad de una vida cotidiana en la muerte. Para el hombre primitivo los muertos no abandonan el espacio de los vivos, dice Morín⁸, pululan por todas partes, sienten las mismas necesidades, las mismas pasiones y sentimientos.

En esta imagen de la muerte como disociación del individuo en un cuerpo y uno o varios dobles, la realidad arcaica del muerto era análoga en todo a la de los vivos. Sin embargo tal idea se cristalizaría en el transcurrir de la historia. Sería presentada con serias transformaciones y reivindicada para los oprimidos de esta tierra. La existencia póstuma de los muertos ya no sería en este mundo, sino en un paradisíaco mundo de más allá. La muerte como súper-vivencia del doble daría paso a la imagen de muerte-salvación o a la paradójica concepción de muerte como inmortalidad del alma.

2.1.2. Muerte, Alma e Inmortalidad

Las transformaciones cualitativas ocurridas en las sociedades arcaicas, el paso de la sociedad nómada a la sedentaria, de la recolección de plantas a la fabricación de utensilios, de los clanes a los imperios, etc⁹. Consolidaran una separación cada vez más tajante entre los muertos y los vivos. El alejamiento de estos mundos dejará el de los muertos a la deriva, acrecentando más la angustia de la muerte. Entre más rica y cómoda es la vida de los hombres, más aterrador es su encuentro con la muerte, más agitada la necesidad de salvaguardar su conciencia individual, y más exigente su ansia de inmortalidad.

⁸ Ibid. P. 146

⁹ A través de sus participaciones el hombre se apropiará del mundo, lo humanizará, y en la medida que lo hace enriquecerá y afirmará su individualidad evolucionando gracias a su auto-determinación.

Al diferenciar los mundos, el hombre a la luz de un día cada vez más gris, interioriza al doble. Ese otro yo, externo y extraño empieza a ser roído por la nada ante el progreso de la conciencia de sí, de la afirmación del yo, de la individualidad, del convencimiento del hombre de ser la medida de todas las cosas. Esta acentuación de la intimidad subjetiva exige una nueva imagen de la muerte, no es conforme con la imagen de una existencia póstuma de doble, reclama una realidad esencial que sea el núcleo de su inmortalidad, que le asegure no una pobre súper-vivencia, sino una resurrección, una vida nueva, radiante e imperecedera.

Esta entidad esencial, inmaterial, simple inmutable, absoluta y eterna se denominará *alma*. *"En las civilizaciones individualizadas del Mediterráneo, de la India, de China, de todos los horizontes de la religión y de la reflexión humana, se hará el centro de convergencia de todo lo que es universal e inmortal en el hombre"*¹⁰. Esta alma, que por sus cualidades se determina distinta del cuerpo, está prisionera en él, obligada a vivir siempre de su misma forma mientras a él esté unida. Sin embargo, ella nunca admitirá la muerte y no morirá jamás, del mismo modo que el tres, ni ningún otro número impar podrá nunca ser par. Por esto cuando la muerte llega al hombre lo que hay mortal en él muere y lo inmortal se retira sano e incorruptible cediendo el puesto a la muerte¹¹.

La imagen de la muerte cristalizada en la inmortalidad del alma, evidencia esa hambre de ser, de ser siempre, abriendo la vía a una salvación personal que no habrá de depender del hombre sino de un alma divinizada capaz de arrancarlo de las garras de la muerte. La inmortalidad del alma anima la puesta en escena de un fantasma conceptual que cargará sobre sus

¹⁰ *Ibíd.* P. 194

¹¹ PLATÓN. *Diálogos Dogmáticos. Fedón*. Obras completas V. Madrid 1936. P. 89

espaldas la salvación de los hombres; un dios que muriendo y resucitando, abrirá el camino de la salvación y las alas que hacen renacer.

El desarrollo de estas concepciones ha logrado canalizar el traumatismo y sobreponer al individuo de la angustia de muerte. A través del rito de la inmortalidad ha logrado conquistar el reino de los espantos y trascender la muerte. Ahora bien, no todo intento se ha perfilado afectivamente, el hombre ha tendido también a disolver el problema bajo la erosión de la crítica, la duda racional y la misma realidad biológica.

2.2. Tesis Monistas. Muerte biológica

No en toda época, ni todos los hombres han participado de las perspectivas que postulan un alma inmortal que trasciende a la muerte y garantizan la permanencia de la individualidad renaciendo en esta tierra o sobreviviendo para incorporarse a un más allá.

Esta otra perspectiva concibe la muerte como la aniquilación de la individualidad, limita al hombre y lo propone finito integrando el alma al cuerpo de forma indisoluble y sin posibilidad de sobrevivir a la muerte de éste. Las tesis monistas tanto material como espiritual abogan por la universalidad cósmica, esto es, la muerte de la individualidad. Su base es la crítica racional y su objetivo colocar finalmente al hombre ante la muerte desnuda.

Es pertinente destacar, que el límite de diferencia entre el monismo material y el monismo espiritual es poco, pero el primero conduce más categóricamente a una visión "Laica" de la muerte.

2.2.1. Monismo espiritual

La perspectiva espiritual del monismo consagra con Aristóteles su etapa capital, él prende el alma al cuerpo, señalando que ella es la forma del cuerpo, su materia, cuya unión es total e indisoluble¹². Según el estagirita al perecer el cuerpo, ella perece con él, sin embargo, el hombre puede gracias a su espíritu, dicho menos románticamente, a su razón, sobrevivir e integrarse al espíritu o logos universal. A la muerte del hombre no va a subsistir ya nada efectivo ni personal, las particularidades quedan dominadas por lo general, por el todo, sólo la razón que escapa a las determinaciones permanecerá.

Feuerbach, también se ha lanzado sobre el tema como toro sobre la muleta. La muerte según él es una armonía cósmica y sólo puede ser superada bajo la realidad del espíritu o la conciencia como lo inmortal. *"La muerte no es otra cosa que el acto por el que tu devuelves y das en mano tu conciencia a los otros... La conciencia es, por decirlo así un cargo que has administrado durante la vida, con la muerte lo reasignas"*¹³.

Para Feuerbach la vida es unidad de esencia y ser, lo que vive tiene el fundamento y el principio de su ser en sí mismo, no fuera de sí. La vida, exclama el discípulo de Hegel es inmediatez y originalidad, suplemento y fundamento de sí misma sin más. Un ser vivo es un ser infinitamente uno consigo mismo, no se puede imaginar que posea una naturaleza dual. Específicamente *"la figura humana es pues sólo por eso bella, porque es última, porque es el punto más extremo de toda individualidad y corporeidad sensible, porque aquí la naturaleza se despide de si misma y desaparece en*

¹² ROHDE, Erwin. *Psique, La Idea del Alma y la Inmortalidad entre los Griegos*. Fondo de Cultura Económica. México DF. 1983 P. 259

¹³ FEUERBACH, Ludwig. *Pensamientos Sobre Muerte e Inmortalidad*. Alianza Editorial S.A. Madrid 1993. P. 196.

*el espíritu*¹⁴. El cuerpo vivo entonces es contemplado como orgánico, como una totalidad inseparable pero constituido de partes, *“Sólo que las partes del cuerpo orgánico no son partes sino miembros, no están separadas una de otras... son una sola cosa, todas ellas juntas producen una única finalidad, una actividad, un sentimiento, cosas todas que constituyen la vida”*¹⁵.

Feuerbach, en este sentido también hecha mano del tiempo y el espacio, como límite y determinación del sujeto, asegurando que el hombre sólo puede ser en esta vida, si ella termina, él mismo termina, si el cuerpo es consumido, el alma, por ser él su objeto y replica, termina con él. Feuerbach, sin reservas al igual que su maestro Hegel, acepta el hecho de la finitud humana conciente de si misma como una necesidad de la vida.

Alexander Kojève rescata en el pensamiento Hegeliano una justificación dialéctica de la necesidad de la muerte¹⁶. La razón Hegeliana aprehende la muerte como algo efectivo, que llega, transforma y juega un papel en el proceso de la vida, algo desgarrador y terrible. Hegel iguala la muerte a lo más básico de su pensar, motor mismo del devenir, al tiempo que la actividad misma del espíritu, la negación¹⁷. El espíritu, que sólo es espíritu cuando contemplando cara a cara lo negativo permanece tal cual es, tiende siempre a negar la particularidad, la finitud en la cual se aliena necesariamente para realizarse y de la que para continuar realizándose debe desprenderse. Toda finitud pide ser negada, toda particularidad, universalizada. Tal es el movimiento de la dialéctica, es decir, de lo real. *“La vida exige la muerte como su contrario, como el otro cuya adjunción le procura el ser”*¹⁸.

¹⁴ Ibid. P 162 - 163
¹⁵ Ibid. P. 162 - 163
¹⁶ KOJEVE, Alexander. *La Idea de la Muerte en Hegel*. Editorial Leviatán. Buenos Aires. 1982. Prologo. P. 9
¹⁷ Ibid. P. 60 - 61
¹⁸ Ibid. P. 61

La muerte, esta singular y grave circunstancia de la naturaleza se disuelve en sí misma, pues sólo existe cuando no existe. Esta concepción de la muerte no niega su realidad, la desnuda por medio del entendimiento y revela todo su misterio. La vida del espíritu no es aquella que se asusta ante la muerte y procura guardarse pura de la devastación sino la que soporta y se mantiene firme. Es aquella capaz de contemplar la muerte y auto determinarse ante ella.

2.2.2. Monismo material

Esta perspectiva considera que la muerte no está a nuestra disposición, por ello la desprecia despreciando en ocasiones la vida. Este materialismo racional considera la muerte, como una nada de nada ¹⁹. Como un simple acontecimiento resultado de la mecánica cósmica. Su interés no es llenar la muerte, si no vaciarla de todo contenido a la vez que afirma la conciencia individual como realidad suprema dueña de su vida y de su muerte. El fundamento de esta perspectiva es la muerte como aniquilación total, el deseo de inmortalidad es desechado junto a toda idea de supervivencia a la muerte.

Dentro del pensamiento antiguo, Lucrecio y Epicuro reconocían con fuerza que en el hombre, su inteligencia centro de la individualidad y su alma energía vital bruta, son sólo átomos agregados que, sobrevenida la muerte, se dispersan y pierden en la masa cósmica²⁰. Este materialismo atomista iniciado con Demócrito, considera que la muerte es una simple y total nada, tras ella todo termina, incluso la muerte; *“cuando en efecto alguno se represente en vida lo que ha de ser... ni ve que tras la muerte positiva haya*

¹⁹ CARO, Tito Lucrecio. *De la Naturaleza de las cosas*. Ávila grafica S.A. Caracas, 1950. Libro III. Cáp. XXX
²⁰ Ibid. Cáp. XV - XIX

de haber ningún otro "él" que pueda vivo lamentarse de que él ha fallecido"²¹. De este modo la muerte en sí y para el hombre queda enteramente pulverizada por el entendimiento, no posee determinaciones, ni tan siquiera la elemental determinación de la existencia. "No es aquella noche en la que todas las vacas son negras; en la muerte, no hay vacas, menos aún noche"²².

De igual opinión encontramos a la ciencia tradicional, la que también califica la muerte como una dispersión que "no tiene ninguna relación con nosotros, pues lo que se ha disuelto no tiene capacidad de sentir, y lo que es insensible no significa nada para nosotros"²³. El investigador científico, biólogo o médico caracteriza al ser vivo a partir de lo que considera como función biológica esencial, la "*autopoiésis*", esto es, la producción de sí mismo, función que para ellos representa el rasgo definitorio del concepto de vida. Lo más esencial del fenómeno biológico está en la capacidad del organismo vivo de actuar sobre sí mismo, de manera que el efecto de su acción se realice en él mismo.

Caracterizado así el ser vivo, el cese definitivo de esa función esencial para la vida, que equivale al cese irreparable del funcionamiento integrado del organismo como un todo, define lo que se da a entender por muerte²⁴. El saber científico tradicional ha contemplado la muerte como un fenómeno tan natural e inevitable que, ha llegado a considerarla como una propiedad inherente a cada organismo. Afirma sin ningún recelo que, la vida es la muerte, que ella está inscrita en la naturaleza de la vida como una ley interna, que se encarga de eliminar lo que ya no es útil y puede llegar a estorbar. La

²¹ *Ibíd.* Cáp. XXXI

²² MORIN, Op. Cit. P. 369

²³ EPICURO. *Sobre la Felicidad, Máximas Capitales*. Colección milenio. Editorial Norma S.A. 1995. P. 39

²⁴ A. KLARSFELD - F. REVAH. *Biología de la Muerte*. Editorial Complutense. Madrid, 2002. p. 24

ciencia natural impone entonces un corolario a la muerte, la reproducción sexual, fuente de juventud perpetua del verdadero ser inmortal: *la especie*.

Lo hasta aquí esbozado de estos dos grandes sistemas de concepciones sobre la muerte, se reconoce es poco. No obstante las imágenes de la muerte aquí mostradas evidencian el humano interés por derrotarla, domarla, domesticarla, sea negándola o procurándose una puerta por la cual acceder a la inmortalidad. La reina de los espantos, si bien omnipotentemente mitológica ha sido históricamente trascendida por la ilusión y la fantasía. Conceptos mágicos que han quedado disueltos en la medida que el individuo cristaliza sus energías a instancias del entendimiento y se insensibiliza ante implacable acontecimiento.

Mas lo cierto, es que de una u otro forma, el reino de lo lúgubre, ha sido conquistado. Su reina, en el campo de lo imaginario, y en el de lo biológico, ha sido derrotada, despojada de su significación de término de la existencia y naturalizada como una vital necesidad.

3. MUERTE TRASCENDIDA. LA CONQUISTA DEL REINO

La historia universal es, en lo esencial, una historia de la muerte. Las interpretaciones fantásticas y naturales a las que el hombre se ha aferrado ante el desconocimiento de ultratumba, han acompañado a la reina de lo lúgubre desde los inicios mismos de la humanidad hasta el sol de hoy. El relieve de este tema se debe, sobre todo, a que el concepto que se tenga de la muerte responde a la concepción que se tenga del mundo, y lleva en si la pregunta sobre el sentido de la vida.

Desde siempre para el hombre ha sido menester aclarar la cuestión de su destino, desde que se supo distinta a las otras la pobre conciencia huye de su propia aniquilación, quiere ser siempre. El ángel de la muerte con sus alas la roza amenazante, su realidad biológica la sobrecoge; pero la conciencia, valiente guerrera se aferra a su vanidad y se ampara en la ilusión. La esperanza es su último recurso para saciar su anhelo, su sed de eternidad. Esperanza de otro mundo en el cual seguir siendo ella misma después de la muerte. Esperanza que sobrehumanamente vence al destino e impetuosamente trasciende la muerte.

Antes de seguir, es pertinente recordar que, muy pocos hombres noblemente han aceptado con humana resignación la vuelta de su conciencia, una vez acontecida la muerte, a la absoluta inconciencia de la cual un día brotara. La muerte es para ellos una nada que a la nada conduce, ni siquiera es un problema, pues no tiene solución.

Sin embargo, la figura de la muerte, para la neurótica gran mayoría de los hombres, para la que si es un problema, ha perdido su forma terrorífica gracias a la ilusión. El morir no es ya el final del camino, sino un puente a otro mundo, el pasaje a una morada más alta. Ha quedado reducido a un tránsito o mutación que hace posible otra vida. Su omnipotencia ha sido domesticada. El mundo de hoy, unánimemente orientado hacia la técnica, la acumulación de bienes y la preocupación por la racionalidad económica y la rentabilidad, la ha Desacralizado.

La muerte, esa cita ineluctable y eternamente fallida, ha sido sublimada y trascendida por una sociedad que todo lo cosifica y vuelve mercancía de consumo. Una sociedad que se defiende institucionalizando su desprecio hacia ella mostrándola como un espectáculo permanente. Cada día aporta su cuota de catástrofe, de crímenes, de guerras, de vidas en peligro, de anuncios de fallecimientos, sin contar los filmes que la representan. Estamos ante una abundante diversidad de mensajes mortuorios difundidos por todos los medios de comunicación de masa, donde uno elige el que quiere. Se nos ofrece toda clase de muertes violentas individuales y colectivas, se nos describen todas las actitudes ante la muerte, se establecen lazos entre la muerte y el amor-pasión, el dinero, la política, la sexualidad, la risa, la felicidad, el miedo, la fiesta. *"el coqueteo con la muerte es siempre conmovedor, sobre todo si sonríe"*¹.

El espectáculo de la muerte se consume tranquilamente, de forma inofensiva y en condiciones cómodas. Paradójicamente departimos alegres, bien provistos de alimentos frente al televisor escenas atroces de guerras e imágenes desgarradoras de niños hambrientos. Después de todo la muerte

¹ En su film "México-México", F. Reichembach muestra que a veces no se tiene otro recurso contra la exterminación que jugar con la muerte.

de los otros no nos incumbe más que indirectamente². Hay que admitir que sumergida en la totalidad de estos mensajes de orígenes tan diferentes, la imagen de la muerte pierde considerablemente su poder. *"la sobresaturación de informaciones e imágenes que amenazan al consumidor de alguna manera lo anestesia, el consumo de mensajes de muerte lo afecta escasamente y rara vez produce consecuencias prácticas"* Afirma J. Potel³.

Es muy interesante ver la imagen que los medios proporcionan de la muerte, como la han conducido al plano de lo imaginario. Como con la forma hábil de explotar los impulsos morbosos del público por precaverse de ella, cultivando el mito de la súper-vivencia a la muerte o la permanencia de los muertos en el mundo de los vivos; tal como presenciemos en los filmes que directa o indirectamente le toman por tema, mostrándolo en imágenes que son signo, la han relativizado, trivializado, la han dejado totalmente indigente.

Lo problemático de este empobrecimiento de la muerte es que no nos ha hecho mejores, por el contrario, esta actitud lúdica ante la gran desconocida, nos ha llevado al surgimiento de una sociedad mortífera, donde se masacra con el más perfecto refinamiento y la más cruel despreocupación a las especies vivientes e incluso al hombre mismo. Nada se le escapa a este animal que fabrica armas mortíferas.

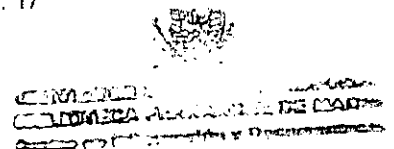
El desplazamiento de la muerte como enemiga del hombre, su transformación en símbolo de permanencia reducida a lo imaginario, es decir, su triunfal trivialización, nos ha colocado en la temible posición de destruir la vida, hurtándonos de ella dándole un carácter de prueba que nos esclaviza al sufrimiento, *"a la esperanza de otra vida que hay que "merecer" y al engaño*

² De hecho la muerte del otro sólo nos interesa si es un otro amado.

³ POTEI, Jean Yves. *"Muerte en muestra, Muerte en venta"*. Paris. 1970 Pág. 151.

*de quienes viven no para la vida misma, sino para alguna idea que la supera,
la sublima, le da un sentido y la traiciona⁴.*

⁴ CAMUS, Albert. *El Mito de Sísifo*. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires .1957. P. 17



4. LA ANIQUILACIÓN DE LA VIDA. EL PRECIO DE LA CONQUISTA

“Cuando no se hacían para los vivos más que chozas de tierra o cabañas de paja que la intemperie ha destruido, elevábanse túmulos para los muertos, y antes se empleó la piedra para las sepulturas que no para las habitaciones. Han vencido a los siglos por su fortaleza las casas de los muertos, no las de los vivos; no las moradas de paso, sino las de queda”.

Unamuno¹

Las creencias personales sobre la muerte y el más allá son en gran parte consecuencia de los antecedentes religiosos y culturales de cada persona. Como hemos visto varían desde la convicción de que el alma alcanza su meta final únicamente tras numerosos renacimientos, hasta la idea que en el transcurso de una sola vida se determina el destino final del individuo. En consecuencia unos confían que al final alcanzarán su inmortalidad, otros que se integraran a la realidad cósmica y otros que sólo cesaran de ser. Ciertamente estas posiciones han relativizado el espectro de la muerte: el concepto está vacío como una nuez reseca. La muerte no es ya la muerte. Estas creencias han influido enormemente en las actitudes, acciones y decisiones de los hombres, su neurosis de muerte ha quedado superada, en el plano psicológico la ha trascendido.

Sin embargo los efectos que tal trivialización del negro sol de la muerte trae consigo han resultado ser devastadores. *“Locura tal vez, y locura grande, querer penetrar en los misterios de ultratumba; locura querer sobreponer*

¹ UNAMUNO. Op. Cit. P. 41

*nuestras imaginaciones, preñadas de contradicción íntima, por encima de lo que una sana razón nos dicta. Y una sana razón nos dice que no se debe fundar sin cimientos, y que es labor, más que ociosa, destructiva, la de llenar con fantasías el hueco de lo desconocido*².

4.1. El precio de la conquista

*“La muerte, devoradora de su propio concepto, devorará los demás conceptos... roerá a la propia vida desatando toda clase de angustias, privadas de pronto de toda contención*³. La visión eufemística de la muerte juega con ella como si se tratara de un concepto cualquiera. Si bien, por una parte el hombre al huir de ella busca oscuramente el lado de su vida animal para exaltar el gozo ignorante de la muerte, arriesgando la vida de los demás sin importar un después, fomenta el oportunismo que niega todo valor moral y la fascinación obsesiva que hace considerar conductas o estilos de vida mortíferos. Por otra, es atormentado por un más allá, que si bien promete un premio, asegura un castigo.

Y es este temor al castigo en el más allá el que le impide a la mayoría de la personas disfrutar de la vida en el más acá, en este mundo que es el único que tenemos para nuestra realización y alcanzar gratificación; *“toda determinación, toda separación y diferenciación descansan sólo en esta determinada y real existencia, son sólo posibles y reales en esta vida real; sólo en esta vida eres tú este hombre; así pues, si esta vida termina, terminas tú mismo de ser este hombre*⁴.

² Ibid. P. 217

³ MORIN. Op. Cit. P. 297

⁴ FEUERBACH. Op. Cit. P. 113

La universal creencia de poseer un alma inmortal que alcanza una vida después de la muerte, la que se ha encargado de carcomer las bases mismas de la vida real, ha sido desde tiempos remotos entre las civilizaciones humanas un común punto fundamental⁵. En esta vida después de la muerte al individuo se le atribuye tajantemente existencia individual, sensibilidad, deleite eterno y eterno placer; vida abstraída del tiempo y el espacio⁶.

El azul turquesa del más allá así afirmado, no sigue los dictados de la razón si no los de la imaginación donde todo es posible. Puesto que los dictados de la verdad, dice Feuerbach, estipulan que: la seguridad de su existencia la tiene el individuo sólo en su sensibilidad, que el individuo siente sólo en el tiempo y que el individuo sólo es individuo separado de otro, por lo cual debe tener necesariamente existencia espacial. El soñado más allá es una gran estafa. Una gran estafa que día a día camufladamente, hace se respete menos la vida, que se compre la muerte y que cualquiera este dispuesto a prestar el servicio sin el menor escrúpulo, ya que se cree eufemísticamente que las víctimas pasaran a mejor vida, irán a gozar de su inmortalidad. ¿Cuál es nuestra verdad cordial y antirracional? Se preguntaba Unamuno⁷, la inmortalidad del alma humana, respondió, la de la persistencia sin término alguno de nuestra conciencia, la de la finalidad humana del universo.

4.2. La augusta dignidad del Alma

¡Ay, inmortalidad! Que has embriagado a los hombres, ¿Desde cuándo, Desde cuándo les ofreces tu dulce ambrosía y les has incitado ha olvidarse de esta vida?

⁵ MORIN. Op. Cit. P. 29 - 141 - 142

⁶ ROHDE. Op. Cit. P.250

⁷ UNAMUNO. Op. Cit. P. 221

Tentativamente las afirmaciones de la historia nos seducen a pensar que desde los tiempos arcaicos desde el paleolítico, el hombre ha expresado la tendencia a salvaguardar su integridad después de la muerte. *"En todo país encontramos la creencia, expresa o tácita, de que en cada persona existe un doble ser: cuando muere un hombre, su otro yo (sea que por otra parte ese otro yo permanezca o se aleje) puede reaparecer"*⁸. Sin embargo, no siempre este trascender la muerte obedecía a un deseo de inmortalidad personal. *"la creencia en la inmortalidad, en el sentido moderno, descansa en la separación entre posibilidad y realidad; donde estas dos cosas son uno, desaparece aquélla"*⁹.

Los pueblos primitivos trascendían la individualidad e imponían la tiranía del grupo, el hombre no afirmaba más que la conciencia colectiva, no conocía más vida que la del cuerpo social, ni más espacio que el del clan, ni más inmortalidad una vez muerto que el recuerdo de los vivos. Para el hombre primitivo los muertos estaban cercanos a su antigua morada, continuaban su vida análoga a la de los vivos. Solo más tarde el hombre primordial inventaría los espíritus, y el recuerdo perdurable de sus muertos sería la base de la suposición de otras existencias. Creencia que las religiones cristalizarían y presentarían como algo valioso rebajando la vida a una mera preparación.

La antigua Grecia, la del mundo homérico, tampoco separaba el alma de esta vida; *"la existencia sobre esta tierra constituye para estos hombres, indudablemente, un bien y es, a la par condición indispensable para alcanzar los más diversos bienes de la vida"*¹⁰. El alma para el hombre homérico es algo aéreo, etéreo, como un hálito de vida que al escaparse del cuerpo con el último aliento pierde sus fuerzas y conciencia. Su vida perdurable *"que el culto de ésta presupone y garantiza, háyase totalmente vinculada a la*

⁸ SPENCER, Herbert. *Creación y Evolución*. Editorial Tor. Buenos Aires. P. 56

⁹ FEUERBACH. Op. Cit. P. 60

¹⁰ ROHDE. Op. Cit. P. 8

*memoria que de ella guardan los que siguen viviendo sobre la tierra... Si aquella memoria se extingue... las almas de los muertos se ven privadas del único elemento que les permite seguir llevando, como una sombra, un trasunto de existencia*¹¹.

Pero quien ya ha concebido la existencia de fuerzas incorpóreas que actúan en el interior del hombre, se vera fácilmente llevado a marchar por el peligroso camino en el que el alma amenaza con tornarse en una mera abstracción con existencia propia e independiente después de la desintegración del cuerpo. Si bien Grecia hasta el siglo VI a.C. siguió respirando con Homero y la inmortalidad como capricho de los dioses, de evitar a algunos hombres la muerte, impidiendo que el alma abandonara el cuerpo; sucumbió. Una locura transitoria se apoderó de ellos e hicieron rondar el alma por los campos de la quimera.

Con la secta órfica aparece en Grecia la doctrina del cuerpo como cárcel del alma y de la vida como prueba o estación de purificación. *"El alma tiene esperanza de escapar de este circulo y respirar libre de esta miseria. Creada para gozar de la libre bienaventuranza, puede huir a la postre, de estas formas de existencia terrenal, indignas de ella"*¹².

La doctrina órfica lanzó hacia occidente la idea de un encadenamiento indisoluble de culpa y expiación, de pecado y castigo purificador, sin embargo lo hizo en una época donde el mundo empezaba a interpretarse desde un saber empírico, la filosofía jónica que si bien reconoció en el hombre una fuerza vital que lo anima, no estableció una separación entre lo espiritual, lo pensante y la materia. No identificó una realidad inmaterial

¹¹ Ibíd. P. 142

¹² Ibíd. P. 183

opuesta al cuerpo que gozara de vida propia ni condujo al reconocimiento de un espíritu individual inmortal.

La separación entre posibilidad y realidad se familiarizó con la filosofía gracias a Platón, si bien él no la planteó, la restituyó bien cimentada sobre bases más profundas, levantándola por encima de las escuelas a la misma altura que incorporo sus escritos, su influencia permanece hasta nuestro días, salvo algunas vicisitudes. Platón junto a su erudito Sócrates, quien tal vez murió no muy convencido de la vida imperecedera de su alma, pulió el concepto y desestimo el cuerpo, lo cual logro dualizando el mundo, este de la opinión, lo perenne, lo mutable, lo sensible, lo imperfecto donde pertenece el cuerpo, y el verdadero, eternamente inmutable, permanente, perfecto al que pertenecen las esencias y el alma que participa de ellas. Razón esta por la cual *“el alma, como meta última sobre la que esa fuerza ha de proyectarse gana ahora categoría; sólo en el más allá pueden sus fuerzas vitales encontrar digno empleo. El alma conquista así una nueva dignidad como mediadora de los dos mundos, ya que a ambos pertenece”*¹³.

La augusta dignidad conquistada por el alma va a proyectar la vida terrenal como una condena, como una escoria, como despojos e impurezas que la contaminan, pero que a la vez le es necesaria para redimirse. Con ella el cuerpo es considerado el mal o la causa de él por lo que debe ser vencido y superado. Toda esta teoría Platónica predica sin lugar a dudas la inmortalidad de la persona y el sentido ascético de huida del mundo. El hombre *“debe desviar la mirada de las sombras que se recortan sobre las paredes de la cueva que es este mundo y levantarla al sol de lo eterno”*.¹⁴ Así pues el hombre debe desdeñar todo lo que esta mísera vida le brinda para poder obtener según Platón, su galardón.

¹³ Ibid. P. 242
¹⁴ PLATON. *La República*. VII

Ahora bien, aunque el poeta-filósofo logró levantar sobre bases quiméricas su edificio y adentrar en la cultura occidental su fanática idea, no pudo convencer a un cercano discípulo suyo, quien no pudo concebir su alma separada de su cuerpo, igual que no concebía su visión separada de su ojo. Este pensador de estagira era ajeno a otra vida y a darle un valor intrínseco a la inmortalidad individual. Aristóteles logró mantener en la filosofía una fidelidad orientada por entero hacia la comprensión e interpretación de la realidad de este mundo y el rechazo a la doctrina de un alma que desciende de las alturas divinas y que, con la muerte del hombre, se separa para llevar una existencia individual eterna.

Venturosamente para los aliados de la doctrina, su evolución apenas empezaba. Para la edad media, en la época cristiano-católica la inmortalidad del alma fue un artículo de fe y dogma. Junto al obispo de Hipona las ideas platónicas entraron a la cristiandad, doctrina ésta nacida del cristianismo y la tradición cultural-religiosa grecorromana. También Aristóteles entro a la doctrina, pero muy tergiversado por Tomás de Aquino, quien hizo armonizar su concepto del alma con el dogma de la iglesia. Como hecho curioso, en el siglo XIV, con el renacimiento resurgió nuevamente Platón y para la mayoría de los occidentales la muerte empieza a significar inmortalidad y nada más.

4.3. La Inmortalidad como postulado de la Razón

Solo en la época moderna la creencia sale a la luz sin ninguna clase de velo que lo cubra, *"en ella el hombre como hombre...aislado fue reconocido por si mismo en su individualidad como divino e infinito"*¹⁵. La reforma que tuvo lugar en el siglo XVI en el seno de la cristiandad y siglos posteriores la secularización que trajo consigo el *AUFKLÄRUNG*, época de las luces,

¹⁵ FEUERBACH. Op. Cit. P. 65

hicieron surgir con carácter de necesidad la inmortalidad del individuo reconocido como un fin. La pura y desnuda individualidad fue entendida como lo único esencial. Puesto que esta vida es totalmente determinada, condicionada, limitada, es inadecuada a la esencia de la persona, por lo cual debe existir otra no condicionada ni limitada. El más allá se propone así como necesidad antropológica, donde el individuo es él un en si mismo.

Siendo entonces el individuo la realidad absoluta, todo desaparece, *“sobre las ruinas de la vida presente, al no ver nada, se le despierta el sentimiento de su propia nada interior...después de haber convertido el mundo en una seca rastrojera le brota al individuo...como un pálido brillo y como un mortecino cuadro soñado de la vital y fresca profusión floral, el cólquico de la inmortalidad”*¹⁶.

Sería Manuel Kant, posesionado del espíritu moderno, quien consagraría de forma filosófica radical como postulado de su razón practica la inmortalidad del alma. *“La realización del bien supremo en el mundo es el objeto necesario de una voluntad determinada por la ley moral...pero la adecuación completa de la voluntad a la ley moral es santidad, una perfección de la cual no es capaz ningún ser racional en el mundo sensible en ningún momento de su existencia...”* [Hecho este que hace exigir a Kant la existencia de un progreso infinito que permita tal adecuación a la ley moral progreso que aparte de ser necesario] *“sólo es posible: bajo el supuesto de una existencia y personalidad duradera en lo infinito del mismo ser racional...el bien supremo es sólo posible bajo el supuesto de la inmortalidad del alma”*¹⁷. Sería él quien para establecer aquel reinado de los fines exigido por la ética

¹⁶ Ibid. P. 70

¹⁷ KANT. Op. Cit. P. 172

propone la necesidad de admitir una vida futura, reanimando a un fantasma conceptual, inodoro e insípido como el más allá¹⁸.

4.4. La Ilusión en crisis

La individualidad humana ha dejado ver desde siempre su exigencia de Superación de la muerte, la muerte ha mostrado también su no querer dejarse superar. El pensamiento desde mediados del siglo XIX se ha desembarazado de los imperativos culturales y antropológicos de inmortalidad, haciendo aparecer el sin sentido y colocando en crisis a la conciencia individual, la que sin apoyo, angustiada, debe ponerse cara a cara consigo misma ante su vida y su muerte, *"en el problema concreto vital que nos interesa la razón no toma posición alguna... hace algo peor aún que negar la inmortalidad del alma...desconoce el problema como el deseo vital nos lo presenta"*¹⁹.

Si bien el mundo contemporáneo ha intentado desde el siglo XIX superar esta crisis, sus esfuerzos se han quedado en las más altas esferas del sector no especializado de la civilización o mejor especializado en lo general. La individualidad consagrada como valor absoluto por el intelecto moderno, que sumió a la muerte en su más grande crisis, enfrenta en el siglo XX su más brutal momento. Es lanzada a un mundo en estado de guerra total donde contempla horrorizada la muerte que da y la muerte que recibe. A un mundo de regresión planetaria que la coloca frente a la irracionalidad, la neurosis de muerte, la nada, el absurdo. *"un mundo que se puede explicar hasta con malas razones es un mundo familiar, por el contrario, en un universo privado repentinamente de ilusiones, de luces, el hombre se siente extraño. Es un*

¹⁸ Ibid. P. 173

¹⁹ UNAMUNO. Op. Cit. P. 97

*exilio sin remedio, pues está olvidado de los recuerdos de una patria perdida o de la esperanza de una tierra prometida. Tal divorcio entre el hombre y su vida, entre el actor y su decoración es propiamente el sentimiento de lo absurdo*²⁰. Relaciones regresivas que lo llevan nuevamente por agotamiento o fracaso a refugiarse en la ficticia inmortalidad y el consolador más allá²¹. Creencias que tienen todavía muy arraigadas como el futuro, mientras esta vida real es ignorada, mal entendida e incomprendida.

Este huir de la muerte relativizandola, ha significado a la humanidad un aniquilamiento de la vida. Hay que repensar la muerte, no como Heidegger, definiéndola como el sentido de la vida. *"El "precurсар de la muerte" -dice- hace comprender al "ser Ahí" que únicamente desde sí mismo ha de tomar sobre sí el "poder ser" en que le va absolutamente su más peculiar ser...lo irreferente de la muerte comprendido en el "precurсар" singulariza al "ser ahí" en si mismo. Esta singularización es un modo del abrirse el "ahí" para la existencia*²². No, la muerte no es la novia de la vida como lo asegura el dicho popular. La muerte es su más poderoso enemigo hereditario. Todo hombre debe tener el coraje y la lucidez de mirarla sin miedo, penetrar en su terrible desfiladero y tomar plena conciencia de su esperanza vital. Debe aceptar la muerte valerosa y honestamente cuando le llegue, mas no por ello resignarse a morir.

La muerte no es inherente al ser en el mundo, no somos un ser-para-la-muerte como lo afirmaba Heidegger²³. La consideración de la muerte como desenlace natural, inutiliza y suprime todo sentido y pasión a la vida; "si

²⁰ CAMUS. Op. Cit. P. 15

²¹ Véase ROWE. Op. Cit. P. 175

²² HEIDEGGER, Martín. *El Ser y El Tiempo*. Fondo de Cultura Económica. México. 2005. P.287.

²³ *Ibid.* P. 274

debemos morir, nuestra vida no tiene sentido, porque sus problemas no reciben solución alguna”, señalaba Sartre²⁴.

Debe entonces replantearse el problema de la muerte e intentar trascenderlo, ya no por los caminos fantásticos de la inmortalidad y el más allá, sino por la senda científica, tal vez más real y segura de la amortalidad y el más acá. La muerte como patología hereditaria brinda más esperanzas que la muerte como parte integral de la naturaleza de la vida.

²⁴ SARTRE Jean Paúl. *El Ser y La Nada*. Alianza Editorial S.A. Madrid 1984. P. 624

5. BIOLOGÍA DE LA MUERTE. LA REINA COPERNIZADA

El mundo burgués emergente en el siglo XVIII fue el encargado de reclamar al propio individuo humano como fundamento de la sociedad, como universal económico, social y político. Fue la conciencia burguesa la que en ese siglo aplastara los mitos de la muerte y se lanzara junto al esfuerzo filosófico a la conquista del saber, la libertad y de las ciencias de lo real. La humanidad estaba en marcha, las sociedades y los hombres se transformaban y sin duda se morían.

Este deambular de la muerte ante el cual la civilización burguesa se hacía la desentendida y pretendía camuflar con su pensamiento racional despiadado, con su medio científico-técnico-maquinista y su mundo natural separado del social, sumergiría a partir del siglo XIX a la individualidad en su más amarga crisis. La participación intelectual, acosada por la muerte, por la nueva condición humana, por el "yo puro" e "ideal" que desdeña no sólo al cuerpo sino al mundo que lo cobija, se refugia en la optimista esperanza revolucionaria, que en el siglo XX acentuará la crisis al presentar un mundo cada vez más dividido y tendiente a una regresión planetaria.

Al desequilibrarse y brutalizarse la vida se abre un abismo. Desde el interior de su soledad la individualidad desagregada se deja llevar por la locura y retorna a la fantasía, a su ilusión. La sociedad burguesa alejada de toda preocupación necro-filosófica insistió en adaptar la muerte, en brindarles a los hombres el pleno desarrollo de la individualidad y asegurarse así su

propio desarrollo. El progreso burgués basado en la técnica se apropiará del mundo intentando reemplazar la apropiación mágico-mítica que de éste tenía el hombre. El progreso técnico traerá el pensamiento racional, que se develará capaz de criticar y disolver el mito de la inmortalidad en el más allá, de hacer aparecer al hombre en su individualidad absoluta y paradójicamente ofrecerle un abierto número de participaciones sociales.

Si bien la evolución del hombre se ha producido en esta dialéctica de sus participaciones y su individualidad, la apropiación práctica del mundo y del hombre por el hombre antes del siglo XVIII, no contemplaba el abismo que separaba al mundo humano del natural¹. El descubrimiento de este abismo haría aparecer al individuo frente a un mundo cuyas participaciones le son extrañas. Un mundo cuyos avances en las ciencias humanas y naturales lo aplastan y empequeñecen como una creación tardía de la naturaleza.

Ante este desolador panorama la individualidad planteará una vez más su reivindicación absoluta sino en la tierra, al menos en el cielo. Pero tristemente no tendrá más respuesta que un miserable silencio que la dejaría solitaria y prometida a la nada. Ante ella se alzaría irremediamente, el vacío infinito y la obsesión por la muerte que descompone las más apasionadas explosiones de vida. Entre la desesperanza y la locura de la inadaptación, el individuo entonces busca el sereno equilibrio del creyente, proveniente de la neurosis obsesiva de la colectividad humana, la religión².

Sus ideas religiosas o ilusiones le han proporcionado al hombre una salud, un modelo definido a sus emociones individuales, al mismo tiempo que les depara una salida. Dentro de la civilización, sostuvo Freud³, la religión

¹ MORIN. Op. Cit. P. 276

² FREUD, Sigmund. *El Porvenir de una Ilusión*. Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. 1974. P. 248

³ *Ibid.* P. 225

cumple una triple función: conjurar las fuerzas de la naturaleza a favor de los hombres, refutar las desesperantes verdades de la muerte y compensarle de los dolores y las injusticias de la vida. La religión cumple entonces una función de adaptación que expresa la inadaptación humana a la muerte, una inadaptación que encuentra en ella su adaptación⁴.

Sin embargo, ella misma no deja de ser más que un obstáculo, una ilusión, que aunque da respuesta a ciertas incertidumbres del hombre no ofrece soluciones reales. El abandono del hombre a la religión nunca le ha hecho vivir más plenamente, ni ser más feliz ni moral. Por el contrario, el pasado y el presente de ella han estado preñados de intolerancias, muertes, dogmatismos.

Pero bien pronto alguien se fijaría que la humanidad volvería a andar en la locura, en esa barquilla abandonada, que navega por un mar infinito de deseos, por el campo estéril de las preocupaciones y de la ignorancia, entre los falsos reflejos del saber, en pleno centro de la sinrazón mundana; navecilla que es presa de la gran locura del mar, sino sabe echar el ancla sólida, la fe, o desplegar sus velas espirituales para que el soplo de Dios la conduzca a puerto⁵. Este alguien denunciaría esta ilusión sin porvenir, anclada al corazón de los hombres e insistiría en un cambio de ilusión.

Una nueva ilusión de propuestas rectificables y no obsesivas⁶, que renuncie a lo que no es certero y continúe adelante a pesar que algunas de sus esperanzas terminen siendo simples fantasías. Una nueva ilusión que cree verdaderas condiciones para superar la realidad, transformar el mundo y trascender biológicamente el espectro de la muerte.

⁴ MORIN. Op. Cit. P. 83

⁵ FOUCAULT, Michel. *Historia de la Locura en la Época Clásica*. V. Fondo de Cultura Económica. Colombia, 1994. p. 27

⁶ FREUD. *El Porvenir de una Ilusión*. P. 255

En el lenguaje común esta nueva ilusión se llama *ciencia*, es a la vez saber y acción, es praxis, es la llamada por Marx "energía práctica del hombre". ¿Podrá ella develar el gran misterio? ¿Podrá dar una solución al problema de la muerte? O simplemente nos condenará a un falso problema.

5.1. La Ciencia y la Muerte

La eterna enemiga del hombre, admitida durante tanto tiempo como un castigo, una maldición divina, pretendía ser algo ajeno al ser vivo, algo que se adhería a él, que era eterno en potencia. Ya desde la antigüedad clásica fundó mitos que la alejaron de cualquier concepción de tipo naturalista. La muerte de alguien planteaba el problema sobre el sentido de la vida, el misterio de sus causas no interesaba tanto por su inevitable banalidad. La abrumadora realidad de la muerte antojaba superflua toda explicación al respecto. Ella, creída proveniente del interior del propio organismo, fue establecida como una de las reglas de oro de la vida. El pensamiento solo se atrevía a dedicarle unas palabras de consuelo o a susurrar que no había tal misterio y que no era más que otro hecho natural, útil y necesario para la misma vida.

Sin embargo, la vida misma en su inmensa diversidad se encarga de mostrar las fallas de conclusiones tan simples. Pues si bien, hay seres vivos que no viven más de unos meses, semanas o minutos, también los hay que llegan a alcanzar milenios de vida individual, tal es el caso de las Secuoyas y de los Arándanos Silvestres, quienes prácticamente son inmortales y solo un rayo o la mano del leñador pueden poner fin a su existencia⁷.

⁷ KLARSFELD y REVAH. Op. Cit. P. 57 - 91

La muerte natural se tambalea así al estudiar más a fondo el tema. El riguroso estudio biológico lejos de toda tentación moralizadora cuestionará en los últimos siglos la noción de la universalidad absolutamente necesaria de la muerte y el estar ella inscrita para toda la eternidad en la naturaleza del ser vivo.

La copernización de la reina de los espantos se concibió gracias a una mejor comprensión de las verdaderas unidades fundamentales del ser vivo, las Células. La racionalización de esa muerte natural concebida antiguamente iniciaría hacia el siglo XVIII con Carl Von Linneo⁸, quien concibe la muerte como algo añadido inteligentemente para mantener la justa proporción entre las todas las especies. Junto a Linneo, el científico francés Georges Louis Leclerc, conde de Bufón, profesa las mismas ideas en cuanto al equilibrio fundamental de la economía natural. Nada existe en vano, dice, ni siquiera la muerte.

Con el siglo de las luces aparece entre otras cosas el planteamiento vitalista, según el cual los seres vivos deben su existencia a un principio vital que se opone a las fuerzas físicas o fuerzas de muerte. Hacia 1802 es acuñado por Jean Batiste de Monet, caballero de Lamarck el término Biología y la muerte definida una vez más como necesaria para la vida. Lamarck opone sus planteamientos al vitalismo desde una postura más filosófica que empírica, pues el origen de la vida no es menos misterioso que el de la muerte ante la biología. Para Lamarck *"la causa fundamental de la muerte de cada ser vivo está en sí mismo y no fuera de él"*⁹.

También Claude Bernard, fundador de la fisiología moderna, rechazaría la hipotética fuerza de vida propia de los organismos vivos y la idea de la

⁸Ibíd. P. 18. citando, *La Economía de la Naturaleza*. 1749. Linneo

⁹Ibíd. P. 21

muerte puramente accidental. Para él *"la existencia no es [...] más que una perpetua alternancia de vida y muerte [...] no hay vida sin muerte ni muerte sin vida"*¹⁰. Pero decir que la muerte es intrínseca al ser vivo no la explica, igual que la invocación del *"principio vital"* de los vitalistas no explica la vida.

El siglo XX traerá al biólogo francés de origen ruso Élie Metchnikoff, quien sentará las bases del estudio experimental de la muerte natural y sus causas. Para Metchnikoff, la definición de muerte verdaderamente *"natural"* no es siempre tan evidente y dudosa la existencia de un mecanismo universal de muerte *"natural"*.

Pero, sin lugar a dudas, es August Weismann, biólogo alemán nacido en Frankfurt en 1834, quien se encargará seriamente del asunto. Weismann se niega a considerar la muerte como un simple hecho establecido por la naturaleza de la vida; *"no entendemos de ninguna manera por qué la capacidad de multiplicación celular no podría ser infinita, lo que permitiría al organismo vivir eternamente. Igualmente, desde un punto de vista puramente fisiológico, no encontramos ninguna razón por la que el organismo no pueda, por su parte funcionar eternamente"*¹¹. Así Weismann señala que la muerte no es un atributo de la sustancia viva, aunque si existan causas puramente internas, previstas en la propia organización como el término de la vida.

La muerte la entiende Weismann en términos de utilidad biológica, pues, una duración infinita del individuo sería, según él, inoportuna, ya que el organismo se deteriora y se hace indispensable reemplazar los individuos viejos, deteriorados que no tienen valor alguno para la especie, por individuos jóvenes, sanos, más perfectos. A raíz de este planteamiento

¹⁰ Ibid. P. 24

¹¹ Ibid. P. 27

Weismann¹² afirma la inmortalidad de las células germinales, asegurada por la reproducción y el carácter accesorio, más no imposible de la inmortalidad del cuerpo.

El biólogo alemán centrará su estudio en el papel de las células en la vejez y la muerte en los organismos y establecerá una relación evidente entre ellas. Relación que bien estudiada por la biología celular moderna se antoja compleja y muy controvertida. Para Weismann, afirman Klarsfeld y Revah¹³, la muerte es la etapa final del programa de vida que se inicia con la fecundación y llega a estar inscrita en el destino de cada célula, salvo las células germinales. Así, una vez fecundado el huevo tiende al crecimiento, el cual es limitado deliberadamente por la naturaleza a través de mecanismos reguladores de carácter secundario que impiden que el organismo sobrepase el tamaño máximo tolerable en la edad adulta. Estos mecanismos son el envejecimiento y la muerte, durante los cuales se limitan las divisiones celulares que requiere la renovación de tejidos. A su vez, la no renovación de tejidos vuelve al organismo más vulnerable ante factores externos que le pueden provocar la muerte. Esta explicación peca por circular y lo cierto es que hoy día nadie se atreve a afirmar con certeza que la muerte celular o la senescencia celular desempeñen un papel directo en el envejecimiento y la muerte de los individuos.

5.2. ¿Envejecer, es morir?

Aunque la ciencia expone la vejez como la vanguardia de la muerte, los lazos que unen muerte y envejecimiento no son muy claros. Las investigaciones sobre el tiempo biológico y su difícil medición muestran que las cosas no son

¹² *Ibíd.* P. 29 - 31

¹³ *Ibíd.* P. 32 - 33

tan simples. Pues, si bien, la probabilidad de morir aumenta a medida que nos hacemos mayores, no existen razones para atribuir al tiempo en sí los estragos de la edad o la vejez.

Todos sabemos por experiencia que el paso del tiempo viene acompañado de cambios espontáneos que avanzan principalmente hacia la destrucción y el desorden. Las primeras teorías del envejecimiento biológico descansaban, de hecho, sobre la idea de un desgaste inevitable, casi puramente físico que conlleva a la muerte, de aquí que Morín¹⁴ afirmara que conocer el envejecimiento era conocer la muerte.

Si bien la biología, desde finales del siglo XIX ha abordado el problema, sino de la causa, si al menos del motor de la vejez y la muerte, no ha avanzado más allá de los datos de naturaleza estadística. Datos que le han permitido calcular la longevidad máxima de las especies, su esperanza de vida y probabilidad de mortalidad antes y después de su etapa reproductiva, logrando definir el envejecimiento como el aumento de la tasa de mortalidad con la edad. Definición esta hoy superada.

Lo cierto, es que al abandonar el terreno de la estadística para estudiar el envejecimiento a nivel individual y analizar los procesos biológicos que lo causan, la ciencia ve complicado su trabajo, pues, medir la tasa de mortalidad de un organismo es imposible, señalan Klarsfeld y Revah¹⁵, ya que un organismo o está vivo o está muerto y para poder afirmar que envejece o cuantificar su envejecimiento, hay que disponer de un marcador o un parámetro medible en cada individuo. El problema con estos marcadores es que no son universales, además, aunque si permiten valorar la

¹⁴ MORIN. Op. Cit. P. 334

¹⁵ KLARSFELD y REVAH. Op. Cit. P. 50

probabilidad de morir, no permiten medir el envejecimiento, por ejemplo, se puede decir que la hipertensión mata, pero no que hace envejecer.

La biología del siglo XX definirá el envejecimiento del individuo como un aumento de su vulnerabilidad frente a las agresiones de todo tipo que lo acechan y afirmara que envejecer nunca ha matado a nadie, que ninguna muerte es, pues, totalmente natural, ya que nadie muere por el simple peso de los años. De hecho, existen seres vivos que parecen enterrar de una vez por todas la inexorabilidad de la muerte natural y su pertenencia a la esencia de los mismos¹⁶, especies cuya mortalidad disminuye a medida que aumenta su edad, entre más viejos son, más se detiene su envejecimiento. Por desgracia, ningún mamífero escapa al envejecimiento, lo que no excluye la posibilidad de ralentizarlo.

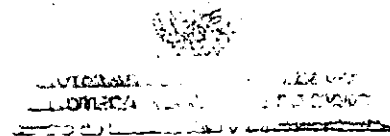
Los humanos tenemos uno de los envejecimientos más lentos y la posibilidad de hacerlo aun más lento, lo cual nos invita a reflexionar, investigar y no abandonar nuestros sueños de inmortalidad, ya que *"no existe ninguna ley superior que condene inexorablemente a todo ser vivo al envejecimiento y la muerte, por mucho que cada especie en particular obedezca estrictamente sus propias reglas sobre la materia"*¹⁷.

Como vemos, el envejecimiento, aseguran Klarsfeld y Revah¹⁸, que si bien ha sido un efecto ineludible, al igual que la muerte, también ha sido un efecto secundario del modo de actuar de la naturaleza, la cual no está exenta de sufrir bricolajes, de cometer errores o producir defectos que reduzcan su eficacia. Ella hizo posible entonces el envejecimiento y la muerte en una etapa posterior a la vida para corregir sus errores. Así, ellos no son propiedades intrínsecas al ser vivo, sino consecuencias de los procesos

¹⁶ Ibíd. P. 57 - 91

¹⁷ Ibíd.

¹⁸ Ibíd. P. 93



evolutivos, la naturaleza no ha favorecido activamente la aparición de la muerte y el envejecimiento, ellos no son una necesidad primaria, no tienen utilidad propia, constituyen el resultado a un fracaso de la naturaleza.

Lo cierto, es que la naturaleza está siempre dispuesta a mejorar, y si en un momento dado supuso inútil la prolongación de la vida al infinito, en otro podrá, si el hombre no se le adelanta, considerarlo una ventaja y disponer nuevas soluciones que permitan aumentar la duración de la vida eliminando la vejez y la muerte "*natural*".

5.3. Erase una vez la Muerte

La ciencia ha intentado encontrarle una justificación biológica a la muerte, demostrar que aporta una ventaja, hecho que sin lugar a dudas le reconforta y consuela. Sin embargo, las investigaciones sobre el tema, arrojan una luz paradójica que asegura permitirle algún día posibilitar a cada persona para vivir lo suficiente sin angustiarse por la muerte "*natural*".

Este panorama esperanzador, si bien no está imbuido de ideología, si posee ciertos obstáculos que atrasan las investigaciones. Mas la gata ciencia haciendo gala de los resultados obtenidos hasta el momento, ve con optimismo las aspiraciones humanas de postergar la muerte y está muy lejos de darse por vencida. El estudio del Genoma Humano y de los mecanismos de base del envejecimiento le permite intervenir en él para modificar su curso y con ello prolongar la vida.

Los estudios sobre el envejecimiento realizados en especies inferiores, tales como insectos, bacterias y virus han determinado la existencia de genes implicados directa o indirectamente en la longevidad de estas especies. La

mutación de uno de tales genes, el denominado *age-1*, fue identificada en 1992 por los investigadores, biogerontólogos para ser precisos, como la primera mutación conocida en todo el mundo vivo que ralentizaba el envejecimiento de un organismo. La ciencia llegó a denominarlo el gen de la eterna juventud, sin embargo un año después la investigación en torno a él se empantano y sólo hasta 1996 fue reactivada.

La clonación a la fecha del gen *age-1*, para participar en la codificación de una enzima, que presentaba semejanza con una enzima aislada con anterioridad en los mamíferos, permitió establecer la identidad de la proteína *AGE-1*. A raíz de estos resultados los biogerontólogos concluyeron que lejos de ser una peculiaridad de las especies inferiores, algunos de los procesos que controlan su longevidad podrían tener equivalentes en los organismos superiores¹⁹.

De hecho, la ciencia en su fiera lucha por una larga vida ha identificado desde 1997 las similitudes entre proteínas humanas conocidas y las proteínas codificadas por estos genes²⁰. Los resultados arrojados abrieron la puerta a especulaciones muy atractivas desde el punto de vista terapéutico.

Una de tales, fue la activación de genes de desintoxicación de radicales libres oxigenados, pues estos últimos que son especies químicas extremadamente inestables y reactivas. Están presentes en las células como subproducto del metabolismo del oxígeno y su reactividad les permite acoplarse a numerosos blancos y modificarlos, en particular al ADN, a las proteínas y a los lípidos que forman parte de la composición de las

¹⁹ *Ibid.* P. 199 - 213

²⁰ *Ibid.*

membranas celulares. Podrían jugar un papel importante en los procesos de envejecimiento²¹.

Sin embargo, tales proezas de la ciencia, si bien, aún no han podido burlar a la opresora y cruel reina de los espantos y a su fiel lacayo, mas no esclavo, el envejecimiento, si ha ofrecido algunas vías especulativas para poder combatirlos. Una de tales vías propone dar gato por liebre a los genes haciéndoles creer que el cuerpo en el que se encuentran es más joven de lo que en realidad es.

Dado que la naturaleza favorece a los más jóvenes se intentaría simular el entorno químico interno que proporcione a los genes el medio al que mejor se adaptan. Tal engaño se haría mediante una señal bioquímica concreta, que indicaría a los genes la edad del organismo y retrasaría sus efectos tardíos nefastos. Esta sugerencia no es mera mente formal, pues en la actualidad se conoce la existencia de una molécula cuya concentración en el organismo disminuye la tendencia a desarrollar enfermedades asociadas a la edad, tal es la *Dehidroepiandrosterona*, descubierta hace más de treinta años como precursora de las hormonas sexuales, cuya taza disminuye con la edad²².

No obstante, si bien la civilización y la domesticación del mundo natural por medios de la ciencia y la técnica llevan a reconocer que la especie humana se ha sustraído en lo esencial a la naturaleza, es demasiado pronto para proclamar una victoria sobre la vejez y la muerte "*natural*". La fatalidad de ambos fenómenos es todavía evidente y no existen estudios concluyentes sobre las investigaciones en el hombre. Las observaciones hasta hoy son

²¹ *Ibid.* P.225 – 249. Klarsfeld y Revah señalan que una de las recetas prácticas para prolongar la vida es la restricción del aporte calórico, a través de un régimen alimenticio que aporte los factores nutritivos indispensables para la vida (proteínas y vitaminas). También aseguran que los radicales libres, esos peligrosos productos derivados del consumo energético en las células se reducen automáticamente al disminuirse el aporte calórico, y con ello, se ralentiza el envejecimiento.

²² *Ibid.* P. 216 - 221

interesantes y prometedoras, aunque no están exentas de barreras, vacilaciones y ofuscaciones. Pero ¿acaso no es la muerte el fenómeno con más carga afectiva al que nos enfrentamos?

La conciencia desde los mismos inicios de su prehistoria ha intentado explicar y justificar la muerte. Se ha valido de mitos y teorías para describir el lugar que ésta ocupa en la vida y poder consolar su trágica mortalidad. Sus esfuerzos mágicos-religiosos, filosóficos y ahora científicos técnicos le han pintado un porvenir a su anhelada inmortalidad, a su hambre de eternidad, de ser siempre, de no morir. Su lucha ha sido exigente y sin cuartel, ha tenido más derrotas que victorias y fracasos que éxitos. Sin embargo, aunque la naturaleza o la providencia le aseguren que existen buenas razones para morir, ella insiste y se recuerda siempre que aún no está prohibido soñar.

6. CONCLUSIÓN: UN POCO MÁS DE TIEMPO

Asegura el bíblico rey Salomón que *"Para todo hay un tiempo señalado, aun un tiempo para todo asunto bajo los cielos: tiempo de nacer y tiempo de morir"*¹. Tan abrumadora sentencia deja ver la preocupación del sabio en cuanto a que los hijos de la humanidad, si bien han comido, bebido y han visto el bien por todo su duro trabajo, también se han esforzado por nada, pues afirma *"existe una calamidad que he visto bajo el sol, y es frecuente entre la humanidad [...] si un hombre llegara a ser padre cien veces y viviera muchos años [...] aun suponiendo que haya vivido mil años dos veces [...] ¿no es a un solo lugar a donde todos van? [...] -Entre los hijos de la humanidad- hay locura en su corazón durante su vida, y después de eso... ¡a los muertos!"*².

Ciertamente los hijos de los hombres se saben prometidos a la muerte, y aceptan la idea que biológicamente un día dejaran de existir. Sin embargo no la aceptan honesta y valerosamente. Por cuanto la sentencia les produce angustia, les causa horror, su corazón ha esquivado la idea y se ha comportado como si no existiera. Ha trabajado mucho y duro para buscar una escapatoria a la tragedia de su muerte, aunque ella, al final, se le revele profunda e inevitable.

¹ Eclesiastés 3: 1, 2. *Traducción del Nuevo Mundo de las Sagradas Escrituras*. Editores: Watchtower bible and tract society of New York inc. 1987

² *Ibid.* 6: 1, 3, 6; 9: 3

Sin lugar a dudas la conciencia expresa su adaptación a la muerte al reconocerle una realidad, al verla como un hecho al que debe contrarrestar pues, le angustia. Sin embargo, tal adaptación no es absoluta, ya que el sólo hecho de que le cause angustia expresa una inadaptación. El carácter angustioso de la angustia, llevó al hombre desde la prehistoria, a hundirse en la miseria de promesas infantilistas mágico- mítico- místico- religiosas. Promesas que le ayudaron a expresar su inadaptación a la muerte, a la vez que le permitían adaptarse a ella dándole un fundamento, una explicación, una justificación, una utilidad.

Lo cierto, es que en la búsqueda fantástica de esa utilidad de la muerte, el hombre ha justificado acciones y conductas que han llevado al detrimento de esa vida que tanto ha querido defender. No obstante, los afanes de esa inadaptación le llevaron también a tocar las puertas de la ciencia, la cual por mucho tiempo se mantuvo al margen del tema y le dejó consolarse con una fantasmagórica existencia en un azulado mundo de más allá.

La ciencia biológica, si bien, no atendió a los primeros campanillazos, si abrió la puerta, y dio inicio a una revolución que mostrara la muerte en su realidad biológica y desnuda. Su primer esfuerzo fue mostrar la utilidad biológica o la ventaja que la muerte presentaba para la vida, pero pronto desecharía tal idea de una utilidad consoladora, pues *"la muerte aparecía como un subproducto de la naturaleza, como algo sobre impuesto al proceso biológico. Como una desprogramación programada y no como un proceso determinado"*³. Ante lo absurdo y sinsentido de tal panorama, la biología no se batió en retirada y continuó para descubrir que la muerte como hecho natural no existe, que ella como un componente intrínseco al ser vivo es una farsa creída ante el desconocimiento del material genético.

³ MORIN. Op. Cit. P. 362

La biología se encargaría de destruir la esfinge de la muerte "natural", y hacer plausible una existencia prolongada en este mundo. Si bien, hacer desaparecer la muerte "natural" es una embajada compleja y tal vez imposible, retrasarla se perfila hoy esperanzador. Las nuevas técnicas para luchar contra la senectud y la muerte las han replegado, y la esperanza de vida va aumentando en todas partes del mundo. No obstante, la presencia de la muerte accidental (muerte provocada por factores externos al organismo) sigue haciendo brusca la relación que los hombres establecen con la muerte. ¡Sin duda! Al fin y al cabo, ni nuestros talentos ni la buena planificación de nuestra vida nos garantizan la felicidad, la riqueza, el éxito ni siquiera la comida. Y es que con frecuencia a todos nos afecta el azar y nos sorprende la desgracia, muchas veces solemos estar en el lugar equivocado en el momento inoportuno.

Como la propia vida, dice Morín⁴, el hombre se desenvuelve en el azar, contiene al azar en si mismo, está hecho para encontrarse con el azar, combatirlo, domesticarlo, escapar a él, fecundarlo, jugar con él, correr el riesgo que supone, aprovechar las oportunidades. Y es esto, oportunidades, lo que le ofrece la ciencia biológica. La oportunidad de reformar la muerte, reforma que consistiría en la prolongación de la vida humana para que el individuo pueda llevar a término su nuevo ciclo de desarrollo, para que pueda otorgar un sentido o más sentido a su vida.

Vida, que según Tugendhat, "como tal es neutral, en si no tiene sentido [...] sino que puede, en parte, debido a circunstancias felices y en parte también a nosotros, adquirir sentido"⁵. Y es esa falta de sentido, esa conciencia de haber vivido sin atender a la vida lo que le hace al hombre un inadaptado ante la muerte. Pues, con la muerte él pierde la última oportunidad de darle

⁴ Ibid. P. 370

⁵ TUGENDHAT, Ems. *Problemas (Problemas de Antropología Filosófica)* Editorial: Gedisa 2001. p. 172 -173

sentido a su vida, se angustia ante la muerte porque quiere una prórroga "*sólo no morir ahora, no en esta falta de sentido*"⁶. Es esta la exclamación de la mayoría de los hombres, quienes ya no abogan por una salvación en el más allá, sino que sólo piden aquí un poco más de tiempo, sólo un poco más.

Aunque, ante el actual panorama mundial que nos presenta un mundo cada vez más injusto, plagado de dolor y sufrimiento. Un mundo en el que, a pesar de la prosperidad material, 1 de cada 4 de sus habitantes vive en la absoluta pobreza, y a pesar de los avances en la medicina, millones mueren a causa de enfermedades evitables. Un mundo famélico y conflictivo, en el que una minoría de hombres, en su mayoría, altivos y egoístas dominan a los demás para perjuicio suyo. Hombres que a pesar de gozar de relativa seguridad y estabilidad económica no son felices, y entre los cuales se encuentran algunos altruistas que intentan cambiar las cosas para dar tranquilidad a su espíritu, pero no pueden pasar por alto la dura realidad ni las barreras que levantan mezquinos corazones ávidos de riqueza y poder.

Ante tal perspectiva cabría preguntarse si valdría la pena una prolongación de la vida, un poco más de tiempo en un mundo donde los fuertes siempre oprimirán a los débiles y los ricos siempre explotarán a los pobres. Pero es también un mundo lleno de vida, al que muchos hombres escapan para disfrutar de las maravillas naturales que ofrece, para cultivar las virtudes de su espíritu, para ser solidarios, para amar. Es un mundo que a pesar del infortunio y las falsas penalidades es todavía hermoso y podemos cambiar, ¿por qué?, porque "*en el apego de un hombre a la vida hay algo más fuerte que todas las miserias del mundo*"⁷.

⁶ *Ibid.*

⁷ CAMUS. *Op. Cit.* P. 16

Y es en base a ese apego a la vida, que la biología ha reestructurado la muerte, y con ella la vida misma, el hombre, el mundo. Ha hecho posible una nueva aventura. Ha abierto verdaderamente un camino para superar el más allá, el azar, la incertidumbre, además de esa dialéctica actitud de adaptación e inadaptación ante la muerte. Sin embargo, la significación humana de la muerte se teje en el plano más íntimo, a través de la conciencia personal, y las inclinaciones de cada uno hacia la filosofía, la teología, la biología; inclinaciones que están justificadas en el derecho que tiene todo ser humano de elegir la ilusión que más le ayude a sofocar las tempestades de su trágica y adolorida vida.

6.1. LAS REDES DEL TIEMPO

Se ha descrito al hombre como ser de memoria y de proyecto, constitucionalmente abierto al futuro y comprometido con él. Vivir es tener futuro. Pero ese hombre-proyecto choca frontalmente, se estrella, hemos dicho con un acontecimiento tan real como enigmático: la muerte. ¿Es el hombre un proyecto que la muerte destroza y aniquila, un proyecto abocado a la desaparición más completa? En la Antígona de Sófocles, el coro canta: *"Muchas cosas hay portentosas, pero ninguna como el hombre... Tiene recursos para todo; sólo la muerte no ha conseguido evitar"*⁸. Únicamente ante la muerte se siente el hombre impotente y sin recursos. La muerte es para él algo extraño de lo que no sabe librarse; y no sólo extraño y sorprendente, sino terrible.

⁸ SÓFOCLES, *Antígona*. Editorial Salvat (edición especial para la Alcaldía de Bogotá). Bogotá. 2004. P. 29

En primer lugar por el carácter de certeza irrefutable con que se presenta: ¿qué es el hombre?, nos preguntamos, un ser que piensa, que ama, que va a morir y que lo sabe. Poco importa que se esfuerce en olvidarlo, que intente vendarse los ojos inútilmente con las apariencias: los ojos del pensamiento no se ciegan como los del cuerpo, y el hombre lo sabe. Es su única certeza, la única promesa que no ha de fallar, la gran paradoja de la vida, cuya suprema verdad se halla en la muerte. Todo hombre sabe que un día morirá. La muerte es un dato tan esencial que, toda concepción del mundo y del hombre que no incluya la muerte, que pretenda olvidarla, no puede ser más que ilusión.

Freud, contemplando la muerte desde el punto de vista del que piensa acerca de ella, dice algo que sólo en apariencia contradice la anterior afirmación: "cada uno de nosotros tiene a todos como mortales menos a sí mismo"⁹. La causa habría que buscarla en el hecho de que el saber informativo sobre la muerte proviene de la experiencia de la muerte ajena: la muerte es algo que, de momento, les ocurre a los demás. Mi propia muerte es para mí algo extraño, ajeno y lejano¹⁰.

Este temor que la muerte suscita no viene motivado principalmente por la incertidumbre del cuándo y del cómo, sino en primer lugar por el hecho en sí de la muerte. Lo más esencial de la vida es seguir vivo, pues con la muerte se nos escapan las oportunidades¹¹. Frente a esto, todo lo demás aparece como secundario. Woody Allen, en *Deconstruyendo a Harry*, lo expresa con su habitual lucidez descarnada y algo cínica cuando hace decir al protagonista, Harry, que espera el diagnóstico médico sobre el tumor que padece: "la frase esencial en la vida no es *te amo*, sino *es benigno*".

⁹ FREUD. *El malestar en la cultura y otros ensayos*. P. 111

¹⁰ THOMAS. Op. Cit. P. 278

¹¹ TUGENDHAT. Op. Cit. P. 173



Baudelaire, en su estudio sobre Poe, anota que su muerte fue espantosa. Pero no se refiere a que muriera entre grandes dolores o vilmente asesinado, o tuviera una muerte humillante; nada de eso, sino justamente lo contrario: murió en medio de una tremenda borrachera, de modo que apenas se dio cuenta de que se moría; y eso es precisamente lo espantoso, eso es lo terrible para él: la enorme trivialidad con que se presenta la muerte ¿porqué ahora, en este momento?, Nos preguntamos. Termina una vida humana -que es la forma más lograda del universo-, y todo ocurre "como si no pasara nada". Se trata por tanto del estupor ante algo que parece poco razonable, contradictorio, como si la muerte fuera una terrible equivocación o una enorme incongruencia.

¿Por qué la muerte se nos aparece como horrible precisamente a causa de su incongruencia? Sencillamente porque todo hombre tiene un convencimiento íntimo de que la muerte no es para él, no debería ser para él. El hombre está íntimamente convencido de que lo suyo es no morir, una convicción tan extraña -puesto que la experiencia muestra que todos se mueren- como terca e irrefragable. No es una tendencia únicamente pensada, ni la proyección de un vehemente deseo que cobrara así un estatuto ficticio de realidad -como pensaba Feuerbach¹²-, sino una tendencia esencial, radical, que forma parte de la realidad misma del hombre como una marca de nacimiento. Haga lo que haga -dice Thibon¹³- y desee lo que desee, tanto si se aferra al pasado como si corre hacia el futuro, tanto si se busca como si huye de sí mismo, tanto si se endurece como si se abandona, en la sensatez como en la locura, el hombre no tiene más que un deseo y una meta: escapar de las redes del tiempo y de la muerte, traspasar sus límites, llegar a ser más que hombre a pesar de ser tan sólo un trozo de tierra, pues siente un anhelo de eternidad.

¹² FEUERBACH. Op. Cit. P. 112 - 113

¹³ THIBON, Gustave. *El equilibrio y la armonía para afrontar la vida con serenidad*. Belacqua ediciones. Barcelona. 2005

6.2. SIEMPRE DESPIDIÉNDONOS

Quizá muy pocos autores hayan entrañado esta tensión paradójica del hombre entre su ir hacia la muerte y su convicción de ser eterno, de estar hecho para la eternidad, como Unamuno. Esta es una cuestión central en su pensamiento, él sabía: que, hagamos lo que hagamos, estamos en la actitud del que se marcha. Como quien se da la vuelta, y se detiene; así vivimos: siempre despidiéndonos.

“Pasar por las cosas una sola vez”, dice un poeta: justamente eso es lo que significa “andar siempre despidiéndonos”. Esto, por extraño que parezca, no convierte a la vida en fútil y despreciable sino al revés, en extraordinariamente interesante, apasionante en cada momento. Lo terrible sería vivir sin tener en cuenta la muerte, y esto por un doble motivo.

Primero, porque vivir de espaldas a la muerte es vivir en el engaño. Y si la propia vida es mentira y autoengaño, la muerte se convierte en el desengaño definitivo¹³. La muerte reina soberana sobre una vida que no la ha tenido en cuenta, que no ha sabido construir por encima de ella. Sólo si se la tiene en cuenta -y mejor desde el principio-, puede ser vencida la muerte, impidiendo que todo acabe en nada, evitando que ella se convierta en la última y definitiva palabra sobre nuestra existencia. Pensar en la muerte no tiene por qué suponer un lastre a la vida.; más bien le confiere un apasionante dramatismo: sólo se vive una vez. Darse cuenta de que el tiempo a nuestra disposición es limitado no debe llevar a reflexiones pesimistas sobre la vacuidad de la vida, más bien tendría que conducir a un esfuerzo constante por colmarla de sentido, por aprovecharla al máximo. Aquí cabe mencionar por extenso las conclusiones del antropólogo francés Louis V. Thomas, en su trabajo *Antropología de la Muerte*, donde nos dice que:

¹³ TUGENDHAT. Op. Cit. P. 177 - 180

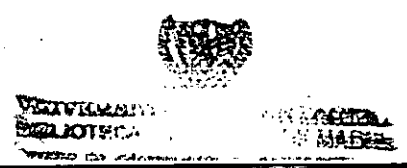
“Conocer la muerte es admitir su necesidad para renovar la vida; su irrecusabilidad (no sirve de nada acariciar falsas esperanzas), sus injusticias (morir demasiado temprano, morir mal), sus dramas, los dolores que provoca, a fin de prepararse mejor para ellos, y no alimentar ilusiones inútiles, o tratar de retardar el inevitable desenlace;... Conocer mejor la muerte es reducirla a su justo lugar, evitando a la vez no querer tomarla en consideración; la fascinación obsesiva, que no hace perder de vista el combate por una vida mejor; en fin la evasión de fantasías de consolación o de compensación. De este modo, al superar la negación de la muerte, todo hombre debe tener el coraje y la lucidez de mirarla sin miedo... No se trata en absoluto de matar lo imaginario, sino de reconstruirlo, de generar nuevos símbolos, de inventar nuevos lenguajes”¹⁴.

El problema del sentido de la vida no es una cuestión teórica, sino eminentemente existencial y práctica. No se trata de descifrar un sentido que ya está dado en un jeroglífico, de encontrar un determinado camino enteramente propio, sino de construir un sentido mediante la propia vida.

En segundo lugar, porque lo que tiene el hombre delante (y detrás) de sí no es sólo la muerte sino, también: el recuerdo. Aparece la idea de la eternidad, de lo eterno, como verdadera patria del hombre, como su lugar propio, dotado además de esa cualidad de lo tierno que es propia del hogar. Venimos de lo eterno, y regresamos a lo eterno como a través de un bosque en el que ese fin ha desaparecido de nuestra vista, de nuestra apreciación directa, pero cuya presencia se experimenta como recuerdo y añoranza, como nostalgia. Ese “construir por encima de la muerte” es vivir el hoy con vistas al futuro eterno, descubrir el modo de hacer eterna nuestra vida, llenar de eternidad nuestros días efímeros. Todo lo que no es eternidad recuperada es tiempo perdido.

¹⁴ THOMAS. Op. Cit. P. 634

Es precisamente esa aparente contradicción entre la muerte y la inmortalidad lo que da grandeza a la vida del hombre, lo que confiere un valor extraordinario a las acciones del hombre, que mediante la libertad puede hacer con su vida lo que quiera, pero que en realidad le ha sido conferida para vivir una vida digna de él y de su fin eterno, no para hacer lo que me da la gana sino para hacer aquellas cosas que creo buenas y dignas- porque me da la gana. Se trata de *"vivir sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte"*. Tener miedo a la vida es tener miedo a la dificultad evidente que una vida digna trae consigo. Pero esa actitud prudente y tímida sólo *a priori* podría tener justificación; porque a quien se decide, la realidad se le abre como la flor a los tenaces esfuerzos de la abeja. Decía Hölderlin: *"Donde hay peligro, florece también lo que salva"*.



BIBLIOGRAFÍA

No se trata de una lista exhaustiva de las referencias relativas a lo expuesto en el texto, sino de una recopilación de libros cuya consulta permitirá al lector tener una visión de conjunto de los temas abordados.

OBRAS GENERALES

- A. KOJEVE: *La idea de la Muerte en Hegel*, Buenos Aires, ED. Leviatán, 1982.
- TITO LUCRECIO CARO: *De la naturaleza de las cosas*, Caracas, Ávila gráfica S.A., 1950. Traductor: Lisandro Alvarado.
- LOUIS VINCENT THOMAS: *Antropología de la Muerte*, México, DF, Fondo de Cultura Económica, 1993. Traductor: Marcos Lara.
- E. TUGENGHAT: *Problemas. Problemas de antropología filosófica*, ED. Gedisa, 2001.
- E. MORIN: *El Hombre y la Muerte*, ED. Kairos S.A., Segunda edición Mayo 1994.
- L. FEUERBACH: *Pensamientos sobre Muerte e Inmortalidad*, Madrid, Alianza editorial S.A., 1993. Traductor: José Luis García Rua.
- PLATÓN: *Diálogos dogmáticos, (Fedón)*, Obras completas V, Madrid, 1936.

- E. ROHDE: Psique, *La idea del Alma y la Inmortalidad entre los griegos*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- M. UNAMUNO: *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Editorial Plenitud, 1966
- M. FOUCAULT: *Historia de la locura en la época clásica I*, Colombia, Fondo de cultura Económica, 1994.
- A. ROMERO CONTI: *La fuerza de la vejez*, Bogotá, ED. Colombia nueva Ltda., 1985.
- A. KLARSFELD - F. REVAH: *Biología de la Muerte*, Madrid, ED. Complutense, 2002.
- D. ROWE: *La construcción de la Vida y la Muerte* (dos interpretaciones), Fondo de Cultura Económica, 1989.
- A. CAMUS: *El mito de Sísifo*, Buenos Aires, ED. Losada, S.A., 1957.
- H. SPENCER: *Creación y Evolución*, buenos Aires, ED. Tor.
- S. FREUD: *El malestar en la Cultura, (Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte)*, Madrid, Alianza editorial, 1988.
- M. HEIDEGGER: *El Ser y el Tiempo*, Fondo de Cultura Económica. México. 2005
- J. P. SARTRE: *El Ser y La Nada*, Alianza Editorial S.A. Madrid. 1984
- F. B. CEREIJIDO – M. CEREIJIDO: *La Muerte y sus ventajas*, Fondo de Cultura Económica. México. 1997
- FERRATER MORA, JOSÉ. *El Ser y la Muerte: Bosquejo de filosofía integracionista*. Editorial Planeta. Barcelona. 1979.